

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,
LLEVADO A DOMICILIO.

Tres meses	8 reales.
Seis meses	15
Un año	28

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Príncipe, núm. 11.
En Provincias en todas las librerias y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,
FRANCO DE PORTE.

Tres meses	12 reales.
Seis meses	21
Un año	38



Una mujer vestida de blanco, llevando en la mano derecha una vela... se presentó en el umbral de la puerta. (Pág. 355, columna 2.ª)

EL REY DE LAS TINIEBLAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS.

Por M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URBACA.

(Continuacion. — Véase el n.º 22.)

Pero entre todas aquellas gentes aglomeradas en el mismo punto, y cuyo número crecia por momentos, no se oia un grito ni una palabra. Solo por intervalos se alzaba un murmullo indefinible, como el ruido del mar antes de la tempestad. Un cuchicheo de todo un pueblo ansioso, expresion de la tormenta que bramaba en todos aquellos pechos oprimidos.

Dieron las diez lentamente en el reloj de la catedral.

Apenas los serenos hubieron cantado la hora segun costumbre, cuando se oyeron voces de mando militares; y la multitud rechazada vio-

lentamente en varias direcciones con fuertes gritos y juramentos, acompañados de culatazos de fusil, se dividió en dos partes próximamente iguales, dejando en medio de la plaza un estenso espacio libre.

En aquel momento se oyeron cantos religiosos murmurados en tono bajo y monótono, y desembocó en la plaza una larga procesion de frailes.

Los monjes que pertenecian todos a la orden de la Merced, caminaban lentamente en dos filas con la cogulla echada sobre el rostro, la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho, cantando el *De profundis*.

En medio de ellos, diez penitentes llevaban un atud abierto cada uno.

Luego iba un escudron de caballeria precediendo a un batallon de milicianos, en cuyo centro eran conducidos diez hombres con la cabeza desnuda, los brazos atados a la espalda y montados cada uno, con la cara hácia atrás, en un asno que un fraile de la Merced llevaba de la brida. Un destacamento de lanceros iba inmediatamente despues, y cerraba la marcha de aquella lúgubre procesion.

A la voz de « ¡Alto! » dada por el comandante de las tropas formadas en la plaza, los frailes se apartaron a derecha é izquierda, sin interrumpir sus fúnebres cánticos, y los reos quedaron solos en medio del espacio que habian dejado libre para ellos.

Aquellos hombres eran patriotas que habian intentado derribar al gobierno establecido, para sustituirle con otro cuyas bases mas amplias y democráticas habian de hallarse, en concepto suyo, más en relacion con las ideas de progreso y bienestar de la nacion.

Aquellos patriotas pertenecian a las primeras familias del pais.

La poblacion de Santiago veia con lúgubre desesperacion la muerte de aquellos a quienes consideraba como mártires.

Es probable que se hubiese verificado en favor suyo una sublevacion, si el general D. Panchito Bustamante, ministro de la Guerra, no hubiera desplegado un aparato militar capaz de imponer a los mas decididos, y de obligarles a asistir silenciosos a la ejecucion de aquellos a quie-

nes no podían salvar, pero á los que se reservaba vengar mas tarde.

Los reos echaron pié á tierra, se arrodillaron piadosamente, y se confesaron con los frailes de la Merced que habían quedado á su lado, mientras que un peloton de cincuenta soldados se colocaba á veinte pasos de ellos.

Cuando hubieron terminado su confesion, se levantaron valerosamente, y agarrándose todos de la mano, se colocaron en una sola linea delante de los soldados designados para darles la muerte.

No obstante el número considerable de tropas reunidas en la plaza, reinaba sorda fermentacion entre el pueblo. La multitud se agitaba en diferentes direcciones. Murmullos de siniestro augurio y maldiciones pronunciadas en alta voz contra los agentes del poder, parecían indicar á estos que concluyese en seguida, si no querían ver que les arrebataban sus victimas.

El general Bustamante, que presidia tranquilo é impasible la lúgubre ceremonia, se sonrió con desden al ver la espresion de la desaprobacion popular. Levantó su espada por encima de su cabeza y mandó un cambio de frente que fué ejecutado con la rapidez del rayo.

Las tropas hicieron frente por todos lados á la multitud. Las primeras filas apuntaron con sus fusiles á los ciudadanos que se estrechaban delante de ellos, mientras que los demas dirigieron los suyos hacia los balcones y ventanas llenas de gente.

Entonces reinó en la plaza un silencio mortal que permitió que no se perdiese una sola palabra de la sentencia leida á los patriotas por el escribano; sentencia que los condenaba á ser pasados por las armas como fautores ó cómplices de una conspiracion que tenia por objeto derribar al gobierno constituido, y sepultar á su pais en la anarquía.

Los conjurados escucharon su sentencia con el rostro impasible.

Cuando el escribano, que temblaba como un azogado, hubo concluido su lectura, exclamaron todos á una voz:

— ¡Viva la patria! ¡Viva la libertad!

El general hizo una seña.

Un redoble de tambores cubrió la voz de los reos.

Una descarga de fusilería estalló como un rayo, y los diez mártires cayeron al suelo profiriendo una vez mas su grito de libertad, grito que habia de encontrar eco en el corazon de sus compatriotas aterrados.

Las tropas, con las armas al hombro, las banderas desplegadas y las bandas de música á la cabeza, desfilaron por delante de los cadáveres que habian caído unos sobre otros, y regresaron á sus cuarteles.

Cuando el general hubo desaparecido con su escolta, y cuando todas las tropas hubieron abandonado la plaza, el pueblo se precipitó en masa hacia el sitio en que yacían confundidos los mártires de su causa. Cada cual queria darles un supremo adiós, y jurar sobre sus cadáveres vengarlos ó sucumbir á su vez.

Al fin la multitud comenzó á ser menos compacta. Los grupos se disiparon, las últimas hachas de viento se apagaron, y aquel sitio en que apenas hacia una hora que se habia ejecutado un drama terrible, quedó completamente desierto.

Trascurrió un espacio de tiempo bastante largo sin que ningun ruido llegase á turbar el silencio solemne que reinaba en la Plaza Mayor.

De repente, del monton de cadáveres se escapó un suspiro profundo, y una cabeza pálida, desfigurada por la sangre y el barro que la manchaba, se levantó apartando con esfuerzo los cuerpos que la ocultaban.

La víctima que sobrevivía por milagro á aquella hecatomba sangrienta, dirigió una mirada inquieta en torno suyo, y pasando la mano por su frente bañada en frio sudor, murmuró con angustia:

— ¡Dios mio! Dios mio! dadme fuerzas suficientes para vivir, á fin de que pueda vengarme.

Entonces con un valor inaudito, aquel hombre

harto débil por razon de la sangre que habia perdido, y la que aun perdia, para ponerse en pié y escaparse andando, comenzó á arrastrarse sobre sus manos y rodillas, dejando en pos de sí un ancho rastro humedo, y dirigiéndose hacia el lado de la catedral. A cada segundo se detenía para tomar aliento y apoyar la mano en sus heridas, que se tornaban mas dolorosas por los movimientos que hacia.

Apenas se habia alejado unos veinte metros del centro de la plaza, y esto á costa de dificultades inmensas, cuando de una calle que se abria justamente enfrente de él, salieron dos hombres que adelantaron presurosos hacia su lado.

— ¡Oh! exclamó el desgraciado con desesperacion, ¡soy perdido! ¡Dios no es justo!.....

Y se desmayó.

Cuando los desconocidos llegaron junto á él, se inclinaron sobre su cuerpo y le examinaron cuidadosamente.

— ¿Vive? preguntó uno de ellos al cabo de algunos segundos.

— Si, contestó el otro con tono de convencimiento.

Sin pronunciar una palabra mas, envolvieron al herido en un poncho, le cargaron sobre sus hombros y desaparecieron en las sombrías profundidades de la calle por donde habian ido, y que conducia al arrabal de la Cañadilla.

V.

LA TRAVESIA.

— ¡Qué largo es el viaje del Havre á Chile!

Para el hombre acostumbrado á las mil agitaciones y al torbellino embriagador de la atmósfera parisiense, la vida de á bordo, tan tranquila y arreglada, parece muy insipida y monótona.

¡Permanecer meses enteros confinado en un buque, relegado á una cámara de dos metros cuadrados, cuando mas, sin aire, sin sol, sin casi claridad, sin tener mas paseo que el puente angosto del buque, ni mas horizonte que el mar agitado ó tranquilo, pero siempre y por todas partes el mar!

La transicion es harto brusca.

El parisiense, acostumbrado al ruido y movimiento de la gran ciudad, no puede comprender la poesia de esa vida del marino, que ignora los sublimes goces y la áspera voluptuosidad que sienten incesantemente esos hombres de corazon de granito que de continuo están en lucha con los elementos; que se rien de la tempestad, y desafían al huracan; que veinte veces por segundo ven á la muerte cara á cara y han llegado á despreciarla en tal manera que han concluido por no creer en ella.

Las horas son de una longitud interminable para el pasajero que ansia ver la tierra: cada dia le parece un siglo.

Con los ojos fijos constantemente en el punto á donde se figura que nunca ha de llegar, cae, á pesar suyo, en una especie de *nostalgia* sombría que solo puede disipar la vista del puerto tan deseado.

El conde de Prebois-Crancé y Valentin Guillois habian sufrido, ellos tambien, toda la desilusion y todo el fastidio de la vida de á bordo.

Durante los primeros dias evocaron los recuerdos, tan palpitantes aun, de la otra vida que habian abandonado para siempre, conversaron acerca de la sorpresa que produciria en la alta sociedad la súbita desaparicion del conde, que habia marchado sin avisar á nadie y sin que ningun indicio pudiese hacer seguir sus huellas.

Trasponiendo su imaginacion la distancia que los separaba de la América, hacia la cual se dirigian, habian hablado largamente de los goces desconocidos que les aguardaban en aquel suelo delicioso, en aquella tierra de promision para los aventureros de todas clases; pero que por desgracia, guarda frecuentemente para los que van á ella á buscar una fortuna fácil, tantos y tantos desengaños, y decepciones.

Como todo asunto, por interesante que sea, concluye siempre por agotarse, los dos jóvenes, para librarse de la cansada monotonía del viaje, habian tenido la buena idea de organizar su exis-

tencia de modo que el aburrimiento hiciese menos presa en ellos que en los demas pasajeros.

Dos veces al dia, por mañana y la de, el conde que hablaba perfectamente el español, daba lecciones á su hermano de leche, las cuales fueron tan bien aprovechadas por este, que al cabo de dos meses de estudio, era capaz de sostener una conversacion en aquel idioma. Así es que, durante las últimas semanas de la travesía, los dos jóvenes habian contraído la costumbre de no hablar sino en español, entre si y con las pocas personas de á bordo que lo entendian.

Esta costumbre produjo el resultado que de ella esperaban, es decir, que Valentin consiguió en muy poco tiempo, servirse del español y hablarle tan de corrido como el francés.

En ciertos momentos Valentin se convertía á su vez en profesor. Obligaba á Luis á hacer ejercicios gimnásticos de modo que desarrollase su vigor natural y acostumbrase su cuerpo al cansancio, poniéndole en estado de sufrir las rudas exigencias de su nueva posicion.

Volveremos á ocuparnos aqui del carácter de Valentin Guillois, del cual el lector, segun el modo de hablar y de obrar del joven, podria formarse una opinion completamente falsa, y que creemos muy oportuno rectificar.

En la parte moral, Valentin Guillois era un muchacho que se desconocía á si mismo, burlon, mala cabeza é indiferente por excelencia, y cuyo carácter, en la superficie, habia sido viciado por las lecturas mas desacertadas; pero cuyo fondo era esencialmente bueno, y que resumia en si á todos los individuos de ciertas clases que, no habiendo salido nunca de su casa, no conocen el mundo sino con referencia á las novelas ó dramas del barrio del Temple.

Habia crecido como una seta en las calles de Paris, dedicándose, para vivir, segun él mismo lo decia, á los oficios mas escéntricos é indescriptibles.

Siendo ya soldado, habia vivido al dia, feliz con el presente y sin pensar en manera alguna en porvenir que sabia muy bien que no habia de existir para él.

Solo que en el indiferente corazon del pilluelo habia germinado un sentimiento nuevo que en pocos dias se habia arraigado profundamente: un afecto le decide hacia el hombre que le habia tendido la mano condoliéndose de su madre y sacándole del fango en que se encontraba sumido, sin esperanza de salir jamás de él, y dándole al propio tiempo la conviccion de su valor personal.

La muerte de su bienhechor le hirió como un rayo.

Comprendió toda la importancia de la mision que le confiaba su moribundo coronel, la pesada carga que le imponía, y juró con la firme resolucion de cumplir su juramento, costara lo que quisiera, velar como una madre amante y solícita por el hijo de aquel que le habia hecho llegar á ser un hombre semejante á los demas.

Los dos rasgos mas notables de su carácter, eran una energia que los obstáculos aumentaban en vez de abatirla, y una voluntad de hierro.

Con estas cualidades, llevada á al extremo con que Valentin lo hacia, un hombre está seguro siempre de realizar grandes cosas, y si la muerte no le sorprende en su camino, de alcanzar en un momento dado el fin, cualquiera que sea, que llegue á marcarse una vez.

En aquellas circunstancias, sus cualidades eran preciosas para el conde de Prebois-Crancé, que reuniendo una imaginacion mediatunda y poética, con un carácter débil y tímido, y hallándose acostumbrado desde su nacimiento á la vida fácil de los séres afortunados, ignoraba por completo las incesantes dificultades de la nueva existencia en que se encontraba arrojado súbitamente.

Como sucede siempre cuando se encuentran dos hombres tan diferentemente dotados, Valentin habia tardado muy poco en adquirir sobre su hermano de leche una influencia moral estremada, influencia de que se servía con infinito tacto, sin hacérsela sentir nunca á su compañero, y aparentando doblezarse á todas sus voluntades, mientras que, por el contrario, le imponía la suya.

Por último, aquellos dos hombres que se querían sinceramente y que no tenían más que una cabeza y un corazón, se completaban el uno al otro.

El modo de hablar que tuvo Valentin en el primer capítulo de la presente historia, no le era habitual en manera alguna, y le había sorprendido completamente a él mismo.

Elevándose a la altura de la situación en que le colocaba el terrible pensamiento del joven, a quien quería salvar a toda costa, con esa inteligencia del corazón, innata en él, y que ni siquiera sospechaba, había comprendido que en vez de enternecerse acerca de la desgracia que hería tan inopinadamente a su hermano de leche, debía concretarse, por el contrario, a restituírle el valor que le faltaba.

Como se ha visto, halló en su corazón argumentos tan perentoriamente decisivos, que el conde consintió en vivir y en acceder a sus consejos.

Valentin no vaciló: la partida de doña Rosario le suministró el pretexto que necesitaba para sacar a su hermano de leche del abismo parisense, que, después de haber devorado su fortuna, amenazaba devorarlo a él también. Comprendiendo, sobre todo, la influencia de hacerle variar de sitios, y hasta de país, persuadió a Luis de que debía salir de él y dirigirse a América, y ambos partieron alegremente para el Nuevo Mundo, abandonando sin pesar a la patria, que tan ingrata se había mostrado con ellos.

Muchas veces, durante la travesía, sintió el conde debilitarse su valor, y estuvo próximo a abandonar su fe en lo porvenir, al pensar en la vida de luchas y de pruebas que le aguardaba en América. Pero Valentin, merced a su alegría inagotable, a su inaudita facundia, y a sus incansables chistes, lograba desarraigar la frente ceñuda de su compañero, quien con su habitual indolencia, y sobre todo por razón de su carácter sin energía, se dejaba arrastrar y sufría por completo la influencia oculta de Valentin, que, sin saberlo él mismo, le daba nuevo temple y le hacía llegar a ser otro hombre.

Hé aquí la situación de ánimo en que se encontraban nuestros dos personajes, cuando el vapor ancló, por fin, en la rada de Valparaíso.

Valentin, con su imperturbable seguridad, de nada dudaba. Hallábase persuadido de que las gentes con quienes iban a encontrarse, eran muy inferiores a él en la inteligencia, y de que las dominaría fácilmente para conseguir el doble objeto que se proponía.

El conde fiaba por completo en su hermano de leche respecto del cuidado de encontrar a la mujer a quien amaba, y a la que desde tan lejos había ido a buscar. En cuanto a recobrar su fortuna, ni siquiera pensaba en ello.

Valparaíso, Valle del Paraíso, llamado así probablemente por antítesis, porque es, sin duda alguna, la ciudad más sucia y más fea de la América española, solo es una etapa para los extranjeros a quienes los intereses comerciales llaman a Chile.

Los dos jóvenes solo hicieron allí la permanencia estrictamente necesaria para equiparse con arreglo a la moda del país, es decir, tomar el sombrero de Panamá, el poncho y las polainas; y luego, armados cada uno con dos pistolas de dos cañones, una carabina rayada y un largo cuchillo en el cinto, salieron del puerto montados en excelentes caballos del país, y se dirigieron a Santiago en la víspera del día en que había de verificarse la ejecución que hemos referido en el capítulo anterior.

El tiempo era magnífico. Los rayos de un sol ardiente hacían brillar el polvo y los guijarros con chispas de oro del camino.

—¡Ah! dijo Valentin lanzando un suspiro de satisfacción tan luego como se hallaron en la soberbia carretera que conduce a la capital de Chile. ¡Qué bueno es respirar el aire de la tierra! Ya estamos, por fin, en esta América tan ponderada. Ahora es cuando hay que hacer cosecha de oro.

—¿Y doña Rosario? dijo su hermano de leche con voz melancólica.

—Antes de ocho días la habremos encontrado, contestó Valentin con imperturbable aplomo.

Después de pronunciar estas palabras consoladoras, clavó espuelas a su caballo, y ambos jóvenes desaparecieron en las revueltas del camino.

VI.

LA LINDA.

La noche era oscura.

Ninguna estrella brillaba en el cielo. La luna, oculta por las nubes, solo derramaba una claridad pálida y opaca, que cuando desaparecía, hacía ser aun más densas las tinieblas.

Las calles estaban desiertas. De trecho en trecho oíase resonar el furtivo paso de los serenos, que eran los únicos que velaban a aquella hora.

Los dos hombres a quienes en la Plaza Mayor hemos visto levantar al herido, caminaron durante mucho tiempo cargados con su extraño fardo, deteniéndose al menor ruido sospechoso que oían, y ocultándose en el hueco de una puerta o tras la esquina de una calle para dejar pasar, sin ser descubiertos, a los serenos, que hubieran podido pedirles cuenta de su presencia en las calles a una hora tan desusada.

Desde el descubrimiento de la conspiración se había dado orden para que a las once de la noche estuviesen retirados en sus casas todos los ciudadanos.

Después de innumerables rodeos, los desconocidos se detuvieron en la calle del Mercado, que es una de las más retiradas y angostas de Santiago.

Cuando se oyó el ruido de sus pasos, se abrió una puerta.

Una mujer vestida de blanco, llevando en la mano derecha una vela, cuya llama ocultaba con la palma de la izquierda, se presentó en el umbral de la puerta.

Los dos hombres se detuvieron. Uno de ellos sacó yesca y piedra de su bolsillo y echó lumbres, haciendo salir el mayor número posible de chispas del pedernal.

A aquella señal, porque indudablemente lo era, la mujer apagó su luz, diciendo en alta voz como si hablase consigo misma:

—¡Dios proteja a Chile!

—¡Dios le ha protegido! contestó el hombre volviendo a guardar sus utensilios en el bolsillo.

La mujer lanzó un grito de júbilo ahogado por la prudencia.

—Vengan VV., dijo a media voz.

En un momento estuvieron a su lado los dos hombres.

—¿Vive? preguntó con ansiedad.

—Sí, contestó uno de los desconocidos.

—¡Entrad, en nombre del cielo! repuso la mujer.

Los dos hombres, guiados por la mujer que había vuelto a encender su luz, desaparecieron dentro de la casa, cuya puerta se cerró inmediatamente en pos de ellos.

Todas las casas de Santiago se parecen unas a otras en cuanto a su disposición interior. Describir una, equivale a describir las todas.

Una puerta grande, adornada con pilastras, conduce al patio de entrada, en cuyo fondo se encuentra la habitación principal, que es por lo general un comedor.

A cada lado hay dormitorios, salas de recibo y despachos.

Detrás de esta habitación está la huerta ó jardín, dispuesto con gusto, adornado con fuentes de granito, limoneros, granados, tilos, cedros y palmeras, que crecen con una fuerza de vegetación increíble.

Después del jardín está el corral, ancho, cercado, destinado a los caballos y carruajes.

La casa en que hemos introducido al lector, solo difería de las demás en el lujo régio de su mueblaje, que parecía indicar que su dueño era persona de mucha importancia.

Los dos hombres, precedidos siempre por la mujer que les servía de guía, entraron en una sala baja cuyas ventanas daban al jardín.

Dejaron su fardo humano en un sofá y se retiraron sin pronunciar una palabra, después de haberse inclinado respetuosamente.

La mujer permaneció un instante inmóvil, escuchando el ruido de sus pasos que se alejaban.

Cuando todo hubo quedado de nuevo en silencio, se precipitó de un salto hacia la puerta y echó los cerrojos con un ademán febril. Luego volvió a colocarse delante del herido, que no daba señales de vida, y fijó en él una mirada profunda y terrible.

Aquella mujer, que tenía de treinta a treinta y cinco años, apenas representaba veinte.

Se hallaba dotada de una belleza admirable, pero extraña, que producía una impresión de repulsión instintiva. No obstante el majestuoso esplendor de su talle esbelto y gracioso, la elegancia de su porte, la desenvoltura de sus movimientos llenos de voluptuosidad y de desembarazo; no obstante la pureza de las líneas de su rostro, de un blanco mate levemente dorado por los pálidos rayos del sol americano, al que las magníficas trenzas de sus cabellos negros, con reflejos azulados, rodeaban de una manera deliciosa; no obstante sus grandes ojos azules, adornados con largas pestañas aterciopeladas, y coronados por cejas de un arco perfecto; su nariz recta y rosada; su boca linda y diminuta, cuyos labios de un rojo de sangre, se destacaban admirablemente sobre sus dientes de un blanco perla; había en toda aquella espléndida criatura no sé qué cosa fatal que daba frío al corazón. La profundidad de su mirada, la sonrisa irónica que casi siempre contraía el ángulo de sus labios, la imperceptible arruga que formaba en su frente una línea dura y recta, todo en ella, hasta el sonido melodioso de su voz de timbre fuertemente acentuado, mataba la simpatía, é imponía, por decirlo así, no respeto, sino temor.

Sola en aquella habitación iluminada apenas por la llama temblorosa de una vela, en aquella noche serena y silenciosa, en frente de aquel hombre pálido y ensangrentado a quien miraba con el entrecejo fruncido, parecíase, con su larga cabellera que caía en desorden desde sus hombros sobre su vestido blanco, a una de las fatídicas brujas tesalianas, preparándose a ejecutar una obra misteriosa y terrible.

El desconocido era un hombre que tendría a lo más cuarenta y cinco años, de estatura elevada y bien proporcionado. Sus facciones eran hermosas, su frente noble, y la expresión de su rostro altiva, franca y resuelta.

La mujer permaneció, durante mucho tiempo, sumida en una contemplación muda.

Su pecho se levantaba precipitadamente; sus cejas se contraían cada vez más; parecía espiar los progresos tan lentos con que volvía a la vida aquel hombre a quien acababa de salvar de la muerte.

Al fin pasaron las palabras por entre sus contraídos labios, y murmuró en voz baja y entrecortada:

—¡Héle ahí!.... ¡Esta vez se halla realmente en mi poder!.... ¿Consentirá en responderme?... ¡Oh! acaso hubiera yo hecho mejor en dejarle morir!....

Se interrumpió y lanzó un suspiro; pero continuó casi al instante.

—¡Mi hija!.... mi hija, de quien se apoderó este hombre!.... que no obstante todos mis esfuerzos ha sabido ocultar en un asilo inviolable hasta ahora.... mi hija!.... es preciso que me la devuelva!.... ¡Yo lo quiero! añadió con indecible energía. ¡Es preciso!.... aunque haya de entregarme de nuevo a los verdugos, a quienes he arrebatado su presa!.... ¡Estas heridas nada son!.... la pérdida de sangre y el terror es lo único que le ha causado ese desmayo en que se halla sepultado!.... ¡Veamos!.... Pasa el tiempo y podrían observar mi ausencia!.... ¿Por qué he de vacilar? ¡Sepamos al instante lo que puedo esperar de él!.... quizás se dejará ablandar por mis lágrimas y mis ruegos!.... ¡Ah! si para él es desconocido todo sentimiento humano!.... mejor valdría implorar al indio más implacable!.... ¡Pero él!.... se reirá de mi dolor; responderá

con sarcasmos á mis gritos de desesperacion....
 ¡Oh! desgraciado de él, entonces!.....

Miró todavía un instante al herido, que continuaba inmóvil, y luego añadió resueltamente:
 — ¡Prohemos!

Y sacó del pecho un frasco de cristal primorosamente tallado, levantó la cabeza del desconocido y se lo hizo oler.

Hubo un momento de suprema ansiedad.

La mujer seguía con una mirada ávida los movimientos convulsivos que agitaban el cuerpo del herido, y que eran precursores del momento en que había de volver en sí.

El herido lanzó un suspiro profundo y abrió lentamente los ojos.

— ¿Dónde estoy? murmuró con voz débil, dejándose caer de nuevo hacia atrás, y volviendo á cerrar los ojos.

— En completa seguridad, contestó la mujer.

El sonido de aquella voz produjo en el herido el efecto de una conmoción eléctrica. Se enderezó con un movimiento brusco, y dirigiendo en torno suyo una mirada de repugnancia, espanto y cólera, dijo con voz sorda:

— ¿Quién ha hablado aquí?.....

— ¡Yo! contestó orgullosamente la mujer, colocándose delante de él.

— ¡Ah! repuso el herido con un gesto, cayendo de nuevo sobre el sofá; ¡siempre ella!.....

— ¡Sí, contestó, siempre yo! siempre yo! ¡Don Tadeo, yo! cuya voluntad nunca ha fallado, no obstante los desdenes y el odio de V.! yo, en fin, cuyos auxilios ha rehusado V. siempre obstinadamente, y que le he salvado á pesar suyo!

— ¡Oh! eso le es á V. muy fácil, señora, contestó el herido con desprecio. ¿Acaso no estaba V. entre mis verdugos?

La mujer no pudo contener un movimiento de cólera al oír esta respuesta insultante.

Subito rubor tiñó su rostro.

— ¡Nada de insultos, D. Tadeo de León! dije hiriendo el suelo con el pié. Le he salvado á V. soy mujer y está V. en mi casa.

— ¡Es verdad! contestó D. Tadeo incorporándose é inclinándose con ironía. No pensaba en ello, señora; estoy en casa de V. y la ruego tenga la bondad de indicarme por donde se sale, á fin de que me afeje de aquí cuanto antes.

— No se apresure V. tanto, D. Tadeo. No ha recobrado V. aun suficientemente sus fuerzas. Acaso, á pocos pasos de aquí, caería V. y podría ser recogido por los agentes del poder, quienes le juro que esta vez no le habian de dejar escapar.

— ¿Y quién dice á V., señora, que no prefiero al martirio de estar aquí mas tiempo al lado de V., el peligro de que me vuelvan á coger y á dar muerte por segunda vez?

Hubo un momento de silencio, durante el cual se observaron atentamente ambos interlocutores.

La mujer volvió á tomar la palabra, diciendo:

— Escúcheme V., D. Tadeo. A pesar de todos sus esfuerzos, el destino, ó por mejor decir, el genio femenino, al que nada se resiste, ha vuelto á ponernos frente á frente. Si V. vive, si V. no ha recibido mas que heridas leves, es porque yo he comprado á precio de oro á los soldados encargados de su ejecución. Quería obligar á V. á que se explicase, como se lo estoy pidiendo hace tanto tiempo, y V. lo ha rehusado, pero que no puede evitar ahora. Así, pues, sométase V. de buen grado; nos separaremos, si no amigos, al menos indiferentes y para no volvernos á ver. Sin que por esto quiera reclamar mis derechos á su gratitud, me debe V. la vida. Aunque no fuera mas que por ese favor, está V. obligado á explicarse.

— Eh! señora, contestó altivamente D. Tadeo: ¿piensa V. que considero lo que ha hecho como un favor? ¿Con qué derecho me ha salvado V. la vida? Me conoce V. muy mal, si ha creído que me dejaría enternecer por sus lágrimas. ¡No, no! Demasiado tiempo he sido su víctima y su esclavo. A Dios gracias, ya la conozco... y la Linda, la querida del general Bustamante, el tirano de mi país, el verdugo de mis hermanos y mío, nada tiene que esperar de mí. Todo cuanto diga V. todo cuanto haga, será inútil. No la

contestaré. Créame V., señora, y abórrese esa fingida dulzura que no cuadra ni á su carácter ni á su modo de comprender la vida. Amé á V. con delirio cuando era una joven pura y juiciosa, cuando en la cabaña del digno *Imaso*, su padre, cuya muerte causaron sus excesos, la llamaban á V. Maria. En aquella época hubiera sacrificado gustoso mi vida y mi felicidad por V. Lo sabe V., señora; pues muchas veces la he dado pruebas de ese amor insensato. Pero la Linda, la cortesana desvergonzada que en una orgia se entregaba sin pudor; la Linda, esa mujer señalada en la frente, como Cain, con un sello de infamia, á esa miserable criatura no la conozco. ¡Atrás, señora! ¡Nada hay comun entre V. y yo!

Y con un ademán de suprema autoridad la obligó á apartarse.

La mujer le había escuchado con la mirada chispeante, el pecho anheloso, estremeciéndose de rabia y de vergüenza. Corría el sudor por su frente cubierta de febril color.

Cuando calló D. Tadeo, le oprimió el brazo con fuerza, y acercando su rostro á él, le dijo con voz baja y convulsiva:

— ¿Lo ha dicho V. ya todo? me ha llenado V. bastante de ultrajes? me ha echado V. bastante fango en la cara? nada tiene V. ya que añadir?

— Nada, señora, contestó el herido con acento de frío desprecio. Cuando V. quiera puede llamar á sus asesinos. Estoy dispuesto á recibirlos.

Y dejándose caer sobre el sofá, aguardó con la indiferencia mas insolente que se puede imaginar.

VII.

MARIDO Y MUJER.

Doña Maria, no obstante el nuevo y sangriento insulto que acababa de recibir de D. Tadeo, no renunció todavía á la esperanza de conloverle.

Cuando recordaba los primeros años, tan lejos ya de ella, de su amor hacia D. Tadeo, la sumisión de aquel hombre á sus mas leves caprichos, y como le hacia prosternarse temeroso á sus pies con una mirada ó una sonrisa; la entera abnegación que había hecho de su voluntad para no vivir sino por ella y para ella, á pesar de todo lo que despues había sucedido entre ellos, no podía resignarse á creer que la pasión violenta y profunda que la profesó, aquella especie de culto que la había consagrado, hubiese desaparecido por completo, sin dejar rastro alguno.

Su orgullo se revelaba al pensar que había perdido todo su dominio sobre aquella naturaleza privilegiada que durante tanto tiempo había amasado á su antojo cual blanda cera, bajo la presión ardiente de los caprichos mas insensatos.

Figurábase que D. Tadeo, como la mayor parte de los hombres, herido profundamente en su amor propio, la amaba todavía, aunque no quería convenir en ello, y que las reconvenções que la había dirigido por su misma violencia, eran relámpagos del fuego mal apagado que ardia en el fondo de su corazón, y del cual lograria reavivar la llama.

Desgraciadamente, doña Maria nunca se había tomado el trabajo de estudiar al hombre á quien cautivó, y al que por tanto tiempo subyugó su belleza. Para ella D. Tadeo nunca fué mas que un eselavo amante y sumiso, y bajo aquella debilidad aparente del hombre amante, no supo adivinar la poderosa energia que constituía el fondo de su carácter.

Sin embargo, la misma historia de su amor era una prueba de la energia de una voluntad que nada podía sujetar.

Doña Maria, que entonces tenía catorce años, vivía con su padre en una hacienda de las inmediaciones de Santiago.

Privada de su madre, que murió al darla á luz, fué educada por una tia anciana, Argos incorruptible, que no dejaba vagar en torno de su sobrina ningun amante.

La joven, ignorante como todas las muchachas criadas en el campo, pero cuyas aspiraciones tendían á conocer el mundo y lanzarse á aquel torbellino de placeres, cuyo confuso ruido iba á morir sin eco en sus oídos, aguardaba con impa-

ciencia la llegada del hombre que había de procurarla todos aquellos gozes desconocidos; pero que ella presentía y que casi había adivinado.

D. Tadeo solo fué el guia encargado de iniciarla en los placeres que codiciaba.

Doña Maria nunca le había amado: solo que al verle la primera vez y al saber que pertenecía á una gran familia, dijo para sí:

— ¡Hé aquí el hombre que yo esperaba!

Este cálculo hediondo é inmoral se le hacen muchas mas jóvenes de lo que por lo general se cree.

D. Tadeo era buen mozo. El amor propio de Maria quedó satisfecho y halagado con su conquista; pero aunque hubiese sido feo, esto no la hubiera contenido en manera alguna. En aquella naturaleza misteriosa, mezcla estraña de las pasiones mas abyectas, en medio de las cuales brillaban acá y acullá, cual diamantes enterrados en el fango, algunos sentimientos que la unían á la humanidad. Había en ella el tipo de dos cortesanas de la antigua Roma. En ella se encontraban reunidas Locusta y Mesalina. Ardiente, apasionada, ambiciosa, avara y muy pródiga, aquella mujer era un demonio oculto bajo la esterilidad de un ángel, sin conocer mas leyes que su capricho. Para satisfacer este, todos los medios eran buenos.

D. Tadeo, cegado por la pasión, sufrió durante mucho tiempo, sin quejarse, el yugo de hierro de aquel genio infernal. Pero un día se le cayó la venda de los ojos y midió con espanto la profundidad del abismo á que le había precipitado aquella mujer. Los desordenes inauditos que se ejecutaban al abrigo de su nombre, imprimían á su frente ruborizada un sello de infamia. El mundo le creía su cómplice.

D. Tadeo solo tenía una hija, fruto del primer tiempo de su amor; rubia niña con cabeza de serafín, que á la sazón contaba quince años escasos, y á la que había comenzado á querer con toda la fuerza de los sufrimientos que su madre le imponía. Se estremeció al pensar en el porvenir espantoso que se abría ante aquella criatura inocente.

Hacia cuatro años ya que D. Tadeo se había separado de su mujer. Está no ponía freno alguno á sus desbordamientos, y se había sepultado en el escándalo de una vida en la que cada paso era un crimen.

D. Tadeo se presentó un día de improviso en casa de su mujer, y se apoderó de su hija sin decir una palabra acerca de sus intenciones ulteriores. Desde aquella época, que hacia próximamente diez años, la cortesana no había vuelto á ver á su hija.

Entonces se verificó una revolucion singular en aquella mujer. Germinó, por decirlo así, en su alma un sentimiento nuevo. Cosa que nunca le había sucedido, sintió latir su corazón al recuerdo del ángel que le habían arrebatado.

¿Cuál era aquel sentimiento?

Ella misma no lo sabía.

Quería volver á ver á su hija á toda costa.

Durante cinco años luchó sordamente contra D. Tadeo para que la fuese restituída su hija.

El padre permaneció sordo y mudo.

Maria nada pudo saber.

D. Tadeo, que desde que no la amaba, estudiaba cuidadosamente el carácter de aquella mujer que se había declarado su enemiga implacable, adoptó sus precauciones con tanta prudencia, que todas las pesquisas de doña Maria se frustraron, y todas sus tentativas para obtener una entrevista quedaron sin resultado.

Maria se figuró que temía ablandarse y ceder encontrándose frente á frente con ella, y resolvió obligarle á toda costa á celebrar la entrevista en la que nada había podido hacerle sentir.

Hé aquí, pues, cual era, en el momento que los ponemos en escena, la posición de los personajes que por la última vez, sin duda, se encontraban uno frente á otro.

Posición suprema para ambos; lucha desigual entre un hombre herido y proscrito, y una mujer ardiente, ultrajada, que, parecida á la leona, á quien han arrebatado sus cachorros, se hallaba resuelta á triunfar á toda costa y á obligar al

hombre á quien habia sabido poner en la precision de escucharla á que le restituyese á su hija.

D. Tadeo se volvió hacia ella.

—Estoy aguardando, dijo.

—¿Aguarda V.? contestó doña Maria con una sonrisa encantadora; ¿qué espera V.?

—A los asesinos á quienes sin duda habrá V. apostado cerca de aquí, para el caso probable en que yo no quisiera contestar á sus preguntas, respecto á su hija.

—¡Oh! dijo doña Maria con un gesto de repulsion: ¿es posible D. Tadeo que tenga V. tan mala opinion de mí? ¿Cómo puede V. aparentar que cree que despues de haberle salvado la vida, le habia de entregar á los que le han proscrito?

—¿Quién sabe? dijo el herido con tono levemente burlon. El corazon de las mujeres de la especie de V., querida Luisa, es un abismo que ningun hombre podrá sondear; V. que busca incesantemente los goces escéntricos, acaso encontraria una voluptuosidad y un encanto desconocido en esa segunda ejecucion, que, por lo demás, en nada puede comprometerla, puesto que ya me hallo legalmente muerto para todos.

—D. Tadeo, sé cuán indigna ha sido mi conducta para con V., y cuán poco merezco su compasion; pero es V. un caballero y en este concepto, ¡cree V. que sea honroso llenar de injurias á una mujer que es la suya, y que, en ultimo resultado, al salvar á V. la vida, acaba, no ya de rehabilitarse á sus ojos, pero al menos de conquistar un derecho, si no á su estimacion, al menos á su compasion!

—Muy bien, señora; la observacion de V. es muy justa y suscribo á ella de todo corazon. Ruego á V. me perdone que me haya dejado arrastrar á pronunciar ciertas palabras, pero en el primer momento no he sido dueño de mí mismo y me he visto en la imposibilidad de rechazar al fondo de mi alma los sentimientos que me ahogaban. Ahora acepte V. mis mas sinceras gracias por el servicio inmenso que me ha prestado, y permítame que me retire. Una permanencia mas larga en esta casa es un robo de que me hago culpable para con los numerosos adoradores de V.

É inclinándose con una cortesania irónica ante su mujer que se estremecia de cólera, hizo un movimiento para dirigirse hacia una de las puertas de la sala.

—Una palabra todavia, dijo la Linda.

—Hable V., señora.

—¿Se halla V. resuelto á dejarme ignorar la suerte de mi hija?

—Ha muerto.

—¡Ha muerto! exclamó la Linda con espanto.

—Para V. si, contestó D. Tadeo con fria sonrisa.

—¡Oh! es V. implacable! exclamó ella pateando de rabia.

El se inclinó sin contestar.

—Vamos, repuso la Linda, ahora ya no es un perdon lo que imploro, sino un trato lo que propongo á V.

—Un trato?

—Si.

—La idea me parece original.

—Puede que lo sea. Va V. á juzgar.

—Ya escucho; pero pasa el tiempo y yo....

—Seré breve! exclamó la Linda interrumpiéndole.

—Estoy á las órdenes de V.

D. Tadeo volvió á sentarse, sonriendo exactamente lo mismo que si fuese un amigo y estuviese en una visita.

La Linda seguia sus movimientos, y aunque fingia no darles importancia alguna.

—D. Tadeo, dijo; en diez años que hace que nos separamos, han sucedido muchas cosas.

—Si, dijo él con un gesto de cortés asentimiento.

—No hablaré á V. de mi, cuya vida le es conocida.

—Muy poco, señora.

Doña Maria le dirigió una mirada chispeante y dijo:

—Pasemos á otra cosa. Hablaré de V.

—¿De mí?

—Si, de V. cuyo patriotismo y efervescencia de ideas políticas no absorben de tal manera todos sus instantes que no le queden algunas emociones y goces mas intimos.

—¿Qué quiere V. decir?

—¿A qué fingir esa ignorancia? repuso doña Maria con una sonrisa páfida; por el contrario, me comprendo V. perfectamente.

—Señora....

—No se exalte V., Tadeo. Cansado de los efimeros amores de las mujeres de mi especie, segun lo ha dicho V. muy bien hace un instante, busca V. en el corazon cándido de una jóven las emociones que sus demás queridas no han podido hacerle experimentar. En una palabra estás enamorado de una encantadora niña, digna en todos conceptos de ser la esposa de su eleccion, si desgraciadamente yo no existiese.

D. Tadeo fijaba en su mujer una mirada profunda mientras pronunciaba estas palabras.

Cuando se calló se exhaló de su pecho un suspiro y exclamó con un estupor hábilmente fingido.

—¿Cómo! ¿Sabe V.?...

—Que se llama doña Rosario del Valle, repuso doña Maria satisfecha del efecto que creia producir en su marido. ¡Yaya! pues si es la gran noticia de Santiago! Todos hablan de ello. ¿Cómo habia de ignorarlo yo, que tanto me intereso por V.?

La Linda se interrumpió, y apoyando una mano en el brazo de su marido, le dijo:

—¡Poco me importa. Restituyame V. á mi hija, D. Tadeo, y ese amor será sagrado para mí. Si no....

—Digo á V. que se equivoca, señora.

—Tenga V. cuidado, Tadeo, repuso la cortesana fijando una mirada en el reloj. A estas horas la mujer de quien hablamos debe hallarse en poder de mis agentes.

—¿Qué significa eso?.... exclamó D. Tadeo con agitacion.

—Si, repuso doña Maria con voz breve y anhelosa, he hecho que la roben, y dentro de algunos instantes estará aqui. Tenga V. cuidado, repito, D. Tadeo; si no me confiesa V. dónde está mi hija; si se niega V. por más tiempo á restituirmela....

—¡Pues bien! dijo D. Tadeo con altivez, mirándola frente á frente y cruzándose de brazos: ¿qué hará V.?

—Mataré á esa mujer! contestó la Linda con voz sorda.

D. Tadeo la miró un instante con una expresion indefinible, y luego lanzó una carcajada seca y nerviosa que heló de espanto á la cortesana, á pesar suyo.

—La daré V. muerta! exclamó; ¡desgraciada!

—Pues bien! maté V. á esa criatura inocente!.... llame V. á sus verdugos!.... Permaneceré mudó!

La Linda saltó como una leona herida, y precipitándose hacia una puerta, la abrió con violencia y gritó con rabia.

—Ésto es demasiado! ¡Entrad!....

Los dos hombres que habian llevado á D. Tadeo, aparecieron entonces con el puñal en la mano.

—¡Ah! dijo el caballero con una sonrisa de desprecio, en eso conozco á V. por fin!

A un gesto de la linda adelantaron los asesinos hacia él.

VIII.

LOS CORAZONES SOMBRÍOS.

Segun hemos dicho antes, el pueblo se habia dispersado casi inmediatamente despues de la ejecucion de los patriotas.

Cada cual llevaba en el fondo del corazon la esperanza de vengar en un dia próximo á las victimas que habian caido tan noblemente al grito de: «¡viva la patria!» que quedó provisionalmente sin eco.

Grito ahogado por las bayonetas del general Bustamante; pero que muy pronto habia de producir nuevos mártires.

Sin embargo, la plaza, que parecia hallarse desierta, no lo estaba.

Varios hombres embozados en sus capas; con los sombreros de anchas alas echados sobre los ojos, se hallaban agrapados en el hueco de una puerta cochera, hablando vivamente entre si en voz baja, y dirigiéndose miradas inquietas en torno suyo.

Aquellos hombres eran patriotas.

Apesar del terror que predominaba en la ciudad, á fuerza de ruegos habian obtenido del arzobispo de Santiago, verdadero sacerdote, segun el Evangelio, y lealmente adicto en lo íntimo de su corazon al partido liberal, que se atribulasen los últimos deberes á sus desgraciados hermanos.

Nada habian perdido del drama lugubre que siguió á la ejecucion. Vieron á D. Tadeo levantarse como un fantasma del monton de cadáveres que le cubria, oyeron las palabras que pronunció, y se disponian á ir á socorrerle, cuando dos desconocidos que aparecieron de improviso se apoderaron de su cuerpo y se le llevaron.

Aquel rapto de un hombre medio muerto los sorprendió en estremo.

Despues de haber cambiado algunas palabras, dos de ellos se lanzaron en persecucion de los desconocidos, probablemente con el fin de saber por qué razon arrebataban así aquel herido, mientras que los demás, en número de doce, se adelantaban hacia el centro de la plaza.

Inclináronse vivamente hacia los cadáveres tendidos á sus piés, esperando que quizás alguna otra victima se habria librado de tan odiosa carniceria.

Desgraciadamente, D. Tadeo era el único que se hallaba salvado por un milagro incomprendible.

Las otras nueve victimas habian perecido.

Despues de una exploracion larga y minuciosa, los patriotas volvieron á ponerse en pié con un suspiro de dolor y desconsuelo.

Entonces, se destacó del grupo un hombre y fué á llamar á una de las puertas bajas de la catedral.

—¡Quién vive! preguntaron desde dentro.

—Aquel para quien la noche no tiene tinieblas, contestó el hombre que habia llamado.

—¿Qué quieres? repuso la voz.

—¿No está escrito? llama y te abrirán? dijo de nuevo el desconocido.

—¡La patria! dijo la voz.

—O la venganza! repuso el hombre.

Se abrió la puerta y apareció un fraile.

Su cogulla echada á la cara impedia que se distinguiesen sus facciones.

—Bien, dijo, ¿qué piden los Corazones sombríos?

—Una oracion para los hermanos que han muerto.

—Vuelve hacia los que te envian. Van á quedar satisfechos.

—¡Gracias por todos nosotros! contestó el desconocido.

Y despues de haberse inclinado delante del fraile, se reunió con sus compañeros.

Durante su ausencia, estos habian aprovechado el tiempo. Los cadáveres fueron colocados sobre parihuelas ocultas bajo los arcos de la Plaza.

Al cabo de algunos minutos, una luz resplandeciente inundó la plaza.

La catedral acababa de abrir sus puertas. Se veia el interior de ella espléndidamente iluminado; por la puerta principal desembocaba una prolongada fila de frailes. Cada uno de ellos llevaba un cirio encendido en la mano, y se movian ban el oficio de difuntos.

En el mismo instante las puertas del palacio del gobierno se abrieron como por encanto, y un escuadron de lanceros, á cuya cabeza iba el general Bustamante, salió al trote largo al encuentro de la procesion.

Cuando los frailes y los soldados se hallaron frente á frente, unos y otros se detuvieron, como de comun acuerdo.

Los doce desconocidos, embozados en sus capas y agrupados en torno de la fuente que hay en el centro de la plaza, aguardaban con ansiedad el desenlace de la escena que iba á pasar.

—¿Qué significa esta procesion á tales horas? preguntó el general.

—Significa, contestó con voz lúgubre el fraile que iba delante, que venimos á levantar las víctimas que ha herido V. y á rogar por todas ellas.

—¿Quién es V., replicó secamente el general.

—¡Yo! contestó el fraile con voz firme, haciendo caer con un movimiento su cogulla sobre los hombros, soy el arzobispo de Santiago, primado de Chile, investido por el papa con el poder de atar y desatar sobre la tierra.

En la América española todos se detienen sin vacilar ante la religion de Jesucristo.

El único poder supremo que en realidad existe es el de los sacerdotes. Nadie, por muy alto puesto que ocupe, intenta luchar contra ellos, porque sabe de antemano que quedaria destrozado.

El general frunció el entrecejo y se golpeó la frente con violencia; pero se vió obligado á cesarse vencido.

—¡Ilustrísimo señor! dijo inclinándose, le ruego me perdone. En estos tiempos de disturbios y discordias civiles, con frecuencia confunde uno, á pesar suyo, á sus amigos con sus enemigos. Ignoraba que V. I. hubiera dado orden de rogar por los ajusticiados, y que se dignase cumplir esa mision personalmente. Me retiro.

Durante la precedente escena, los patriotas se habian ocultado detrás de los postes de la Plaza. Merced á la oscuridad no habian sido vistos por el general.

Tan luego como los soldados hubieron desaparecido, en virtud de una señal del arzobispo los cadáveres fueron llevados á la catedral.

—¡Tenga cuidado con ese hombre, señor! murmuró uno de los desconocidos al oido del arzobispo, pues le ha lanzado al retirarse una mirada de ligre.

—¡Hermano! contestó sencillamente el arzobispo, estoy dispuesto á recibir el martirio.

Comenzó el servicio fúnebre.

Cuando hubo terminado, los patriotas se retiraron despues de haber dado gracias con vehemencia al arzobispo por su generosa conducta para con sus hermanos difuntos.

Apenas habian andado algunos pasos por una calle estrecha, y á cuyos lados se veian casas pequeñas y de mala apariencia, cuando dos hombres se levantaron de detrás de una carreta volcada que los ocultaba, y se presentaron á ellos diciendo en voz baja:

—¡La patria!

—¡Y la venganza! contestó uno de los desconocidos. Avanzad.

(Se continuará).

EL ANGEL MALO.

NOVELA ORIGINAL

DE JUAN DE LA CRUZ BERRIO.

(Continuacion.—Véase el núm. 22).

CAPÍTULO VI.

CONCLUYEN LAS ESPLICACIONES EN UN
DESCUBRIMIENTO.

Ya podréis comprender, amigo mio, continuó Buxtof, cómo Castell pudo muy bien haber sido verdugo y estar despues en vuestra casa en calidad de criado.

Frari bajó la cabeza como agobiado por un cúmulo de ominosas ideas, y la apoyó sobre las manos, en tanto que Buxtof le miraba con estupor.

Los labios de Frari sonreian.

Y era porque en un minuto habia concebido un millon de pensamientos, que iban á estrellarse en su frente opaca como las olas de un mar irriado en las rocas de la costa.

Un odio inestinguible se deslizó á su corazon como se escurre entre las flores una culebra venenosa.

¡Ah! ah! decia para si, ¿con que tengo delante á uno de mis inveterados enemigos? con

que este Buxtof dedicó una parte de su vida á la estincion de mi querido padre? ¡Está decretado que jamás se mitigue la sed de sangre que me devora! tengo el signo de la condenacion! A mi cabeza se estienden los cielos; á mis piés los abismos del mar; ¿qué me detiene? Solo me resta una puñalada á tiempo en nombre de mi padre y me lanzo á las olas. Reflexionemos. Despues que asesinase á Buxtof, algun marino querria obstruirme el paso; pero yo le mataria de un puñetazo.... ¡Oh! si tengo una fuerza de Hércules. Sin embargo, es indudable que la tripulacion se apercibiera, y en su consecuencia lograrian sujetarme.... ¡Ah! no es tiempo aun.... esperemos una ocasion favorable de manifestarle *mi amistad*.... ¿Quién sabe si podrá serme útil en lo sucesivo? ¿quién sabe si me ayudará á vengar de su propio hermano, oculto bajo el predominio que tantas veces he repetido en mis designios de sangre? ¡Dios mio! si es que tus ojos se vuelven hacia la tierra, ¿por qué no has de permitir que encuentre á Geminiano siquiera para rescatar á mis hijos de la muerte espantosa que les tendrá reservada? ¡Mis hijos! este es el único pensamiento que me sonrie: fuera de él, no veo mas que odio, sangre, venganza, porque estoy condenado *ab eterno*, porque el dedo de la fatalidad ha herido mi frente para que sea el *Angel Malo* de la sociedad....

Y Frari, en efecto, levantó la cabeza, ostentando en los labios la mas halagüeña, franca y simpática sonrisa, que ocultaba, como las flores suelen encubrir un abismo, las pasiones mas tremendas que pueden atizarse y hervir en el corazon del ángel de las tinieblas.

—Veamos, amigo mio, dijo con dulce acento; ¿no clareis la historia del tercer hermano? ¿No me aclarais el medio por qué habeis sabido que yo asesiné á mi mujer?

—¿Lo quereis absolutamente?

—De todo corazon.

—¡Ay! de Braciano, á pesar que era el hermano mas querido, nada he podido averiguar.

—¿Habrá muerto quizá?

Y Frari se sonrió como lo haria la diosa de la discordia, al dejar escapar de entre los dedos la disidente y fatídica manzana de oro.

Buxtof arrojó un suspiro.

—Entonces, decidme algo de Geminiano, amigo mio, añadió Frari, ¿me es tan grato oír hablar de ese hombre!

—Os complaceré, contestó Buxtof.

Y dando una palmada:

—¡Izquitin! gritó, Izquitin!

La puerta del camarote giró con suavidad sobre un alvéolo, presentándose en el dintel el buen napolitano.

—¿Qué me quereis, señor? dijo.

—Dos botellas.

Un instante despues, el capitan y Frari intercaban en la conversacion sendos tragos de vino de Izchia.

Decididamente la bodega que Buxtof llevaba en el buque, atesoraba los mejores licores del mundo.

Izquitin concretaba su papel á ir desde la cocina á la bodega, y desde la bodega al camarote.

Era el itinerario que le habia trazado Buxtof, propuesto como estaba á hacer de su estómago el tonel de las Danaides.

Izquitin envidiaba la vida activa de los marineros, y los marineros comenzaban á murmurar del capitan por la distincion que hacia en la persona de Izquitin.

—¿Os acordais, querido mio, dijo Buxtof libando su botella, de la cartera que tenia en la mano cuando entrasteis esta mañana al camarote?

—¿Una cartera?... esta mañana?... preguntó Frari recordando.

Y se llevó una mano á la frente.

—Fué precisamente cuando me deciais que ya estaba concluida la escala que rompieron esos imbéciles de grumetes.

—¡Ah! si, verdad.

—Pues en ella fué donde descubri la misteriosa noticia, es decir, la muerte de vuestra esposa que creiais acaecida en el secreto.

—¿De veras?

—¡A fé de Buxtof!

—¡Oh Dios mio! murmuró Frari, ¡al fin os vais compadeciendo de mí!

Y los ojos de aquel hombre brillaron de una infernal alegría, que brotaba á penachos, por decirlo así, como la llama de un crisol.

Aquella noticia, escrita en la cartera, pensó con rapidez, no podia haber sido estampada sino por un individuo bastante enterado en los promiscuos detalles de su vida.

¿Y quién podia ser aquel individuo? ¿Rocartí? Este habia sucumbido á su presencia. ¿El criado Castell? Este se quedó en el Littorale con una senda y mortal puñalada. ¿Croverto? El mismo le obligó á beber, como Sócrates, un vaso de veneno.

Seguramente Geminiano era el dueño de aquella cartera, y á ser esto cierto, Frari podia estar esperanzado en encontrarle.

—Ante todo, debo advertiros, exclamó Buxtof, que hice un viaje por la Grecia, y en el puerto de Patras tuve el inesperado hallazgo de la cartera. Anclado el buque en la bahia, metime en una lancha con un marino que entendia el griego y boté á tierra.

—Adelante.

Entramos en el hotel de Stalimini, nos sentamos cerca de una mesa de mármol, y pedimos vino del mejor....

—Proseguid, querido mio, que os escucho con avidez.

Gran fisonomista Stalimini, como todos los hoteleros, creyó que no éramos gente que reparásemos en el precio, como quien dice, y acompañando al ademán algunas frases de una jerga endiablada, nos indicó las pipas que pendian de la pared en forma de manoplia.

Nos sirvieron un riquísimo vino, con algunos pastelillos, de Napoli de Malvasia, y el marino me trajo una pipa..

Principié á fumar con esa negligencia que es una importancia en los consumidores de tabaco, y tendí los piés parodiando á los turcos; pero tropecé con una cosa blanda, y fijé en ella los ojos.

Era la cartera.

Pregunté por su dueño, y como nadie me diese razon, la guardé en un bolsillo, á tiempo que Stalimini se acercó á la mesa.

Y habló una jerga de que no pude comprender ni una frase.

—¿Qué dice? pregunté á mi marino.

El marino me tradujo lo siguiente:

—« Esa cartera debe ser de un extranjero que hace media hora que estuvo en esa mesa. Si me la reclama, ya sabreis de mí. »

—Hice un movimiento de cabeza que significaba: está bien! Y añadí estas palabras que mi marino se las vertió al griego:

—« Me llamo Alejandro Buxtof, y soy capitan del buque mercante *Narvi*, procedente de Civita-Vechia. »

Stalimini se inclinó.

Un cuarto de hora despues nos trasladamos al buque, en cuyos costados refluian las olas mansamente.

A poco anocheció.

Y la bruma que se desprendia del mar, iba como á mecerse encima de Patras, fabricado á prueba de bomba.

A las altas horas de la noche me quedé dormido, y soñé que tan luego como leyese la cartera me sucederian terribles desgracias.

El vigia me indicó que me habia oido exhalar en el sueño profundos gemidos.

Yo, que soy supersticioso, no me atrevi á leer la cartera, y la he tenido olvidada hasta hace poco tiempo, en que lei lo siguiente á fuerza de descifrar caracteres emborronados:

« Opusculo de la vida de Geminiano. »

—¡Geminiano! exclamó Frari temblando de alegría. ¡Oh! seguid, amigo mio, ese nombre tiene para mí el atractivo de los abismos! ¡Dios mio! por fin alcanzo noticias de él!

Si.... si, ¡pobre insensato! añadió por lo bajo, ¡dime dónde está Geminiano y yo ofrezco asesinar á tu hermano Braciano!

Una nube de sangre veló su mirada.
«Desde mi juventud, prosiguió leyendo Buxtof, he tenido una misión sanguinaria.»
Frari se estremeció.

No se conmovió su alma al seguir con la vista la estela fatal que el destino le iba trazando, haciéndole dueño de sus arcanos sombríos, sino solo se estremeció al pensar en el asesinato de su padre, y la irrisoria justicia que los hombres escriben con letras de oro en la portada de sus tribunales.

Frari creyó divisar en el porvenir la realización de su venganza, y se cubrió los ojos temeroso de despertar de un sueño tan dulce y tan embriagador.

No le hubiera causado mas placer una cucharada del misterioso haschis, que tan intensas imágenes voluptuosas é incitantes produce en la mente de quien lo toma.

La idea de la venganza era para él un manjar mas rico que la ambrosia que presentaba Fove en la mesa de los dioses.

Buxtof que habia estado descifrando algunos renglones, prosiguió la lectura.

«A pesar de una terrible misión que debia absorber mi pensamiento, llegué á enamorarme.

«¿Quién no se apasiona de una huri que se le aparece bajo formas divinas en el camino de la vida?

«Me tendió una mano, y caí de rodillas.

«Me cubrió con su esplendente mirada, y me deslumbré.

«Entonces no pude mas que adorarla.

«¿Quién no adora á la primera mujer que graba su rostro en nuestro corazón con indelebles caracteres de fuego?

«Luego se nubló el cielo de mi dicha.

«Y fué porque Blondina, aquella preciosa criatura, que un día me tendió la mano, se habia casado con Roberto Frari.

«El tiempo se pasó con velocidad.

«Luego pude apoderarme de los hijos de Blondina é hice que por medio de la muerte de Frari padre, llevasen al patíbulo á su hijo.

«Yo no amaba ya á Blondina y solo sentia mi pecho por ella un violento deseo de martirizarla.

«Logré que me citase á un subterráneo.... y allí, asegurándole que yo tenia sus hijos, le hice convenir en que me seguiria á donde quisiera.

«En arras de este contrato me entregó una cajita llena de piedras preciosas que me recordaba.....»

La frente de Buxtof se arrugó y Frari se llevó una mano al puñal.

«¡Ah! murmuró, si la cartera te reveló que Geminiano es Braeciano, te asesinaré!»
Y luego.

«¿Qué os detiene amigo mio? exclamó en calma, ¿por qué no seguís leyendo?»

«La cajita de vuestra esposa Blondina, me ha despertado el recuerdo de la que perdí mi padre en el juego, contestó el capitán pensativo, e: tanto que Frari se asomó á la cartera, en donde halló los puntos suspensivos que moduló su interlocutor.

Entonces se serenó reflexionando que cuando Geminiano al evocar sus recuerdos, no hacia mención de su origen, jamás lo manifestaría en adelante, y por consiguiente Buxtof no podria descubrir que era su hermano aquel de quien se trataba con tan terrible interés.

El capitán prosiguió la lectura.

«Dueño ya de las inmensas riquezas que encerraba la cajita, no pensé en otra cosa que en abandonar á Blondina, á quien profesaba ese odio tanto mas implacable, cuanto mas grande habido el amor de donde dimanaba.

«Y es que el amor suele disolverse en ira como el vino al corromperse se torna en vinagre.

«Pero yo no pude dar rienda á esa ira que alimentaba contra la mujer que creí vision celestial un día de engaño inolvidable. De repente se apareció una sombra fatal, ominosa, tremenda, increíble.

«Roberto Frari salía del sepulcro.

«El pavor se apoderó de mi alma y hui con la cajita como un insensato, hasta que la soledad y el silencio aquíeló mi existencia perturbada.

«Entonces recordé que el astrólogo Crovertó me

habia dado un papel con encargo de no leerle hasta que me viera precisado á salir fugitivo de Venecia.

«Lo saqué de la cartera y decia lo siguiente:

«Querido Geminiano:

«Pocos meses hace que mi amigo Monsieur Luneville, que residia en Nápoles y despues se trasladó á Constantinopla, me escribió noticiándome la enfermedad mortal que padecia.

«Estaba casado con una napolitana llamada Pilar, con quien te podrás unir si es que ha muerto Luneville y si la viuda disfruta, como creo, de una inmensa fortuna.

«Mi nombre te servirá de recomendación.

«Las señas de la calle y casa que habitaban en Constantinopla, las pongo al respaldo.

«Sé feliz.

«CROVERTO.»

Buxtof exhaló un chillido ronco y sus ojos se desecaron.

«¡Bravo! exclamó Frari, ¡hemos unido nuestra causa! ¿No es verdad, Buxtof, que no os sabria mal vengaros del antiguo ó nuevo marido de Pilar? no es verdad que Geminiano es tan odioso á vuestros ojos como á los míos?»

«Os prometo ayudaros en la venganza, respondió Buxtof con acento lúgubre.

«¿Cuándo estaremos en Constantinopla?»

«Dentro de ocho dias.

«¿Creéis que nos pueda iluminar mas el manuscrito de la cartera?»

«Lo que sigue á lo que he leído es ininteligible.

«¡Bien! nos basta con eso!

Buxtof se restregó las manos.

«¿Y qué género de venganza debo tomar, ó mas bien, qué harémos con Geminiano?»

«¿Qué? qué?»

«Veamos, amigo mio.

Levantóse Buxtof en imponente silencio, tocó un resorte en la pared y al momento, moviéndose el tablazon, apareció una alacena, cuya existencia era imposible sospechar.

Luego mudo cual un estuco, pálido como la cera, se sepultó azorado en el fondo del sillón.

Los ojos de Frari relampagueando miradas cavernosas, tremendas y abrasadoras, en las que cruzaban negros pensamientos, se elevaron al cielo con efusiva, pero inexplicable espresion de espantosa alegría.

CAPÍTULO VII.

UN ESTRANJERO.

«Al amanecer del octavo día, sentóse Frari casi en el punto mas culminante del buque.

«El sol tiñendo con la mitad de su disco, que parecia medio escudo de fuego, el inmenso horizonte, sepultaba los rayos en las bulliciosas ondas de los Dardanelos, mientras las Ciclades, hermosas isletas que se destacan en un bonito archipiélago, parecian con sus graciosos contornos las voluptuosas ninfas del mar.

Soplaba viento favorable, y las velas se desplegaban sobre el buque como las blancas alas de un cisne.

Frari lanzó un grito ronco tan luego como rasgando las aguas del mar de Mármara, se presentó el buque ante la soberbia Stambul ó Constantinopla.

Las bordadas cúpulas y los magníficos frontispicios del serrallo, que incluye el suntuoso palacio del sultán, el del Consejo y la mezquita de la ciudad, brillaban al sol como una mole de oro.

Dasafiando al tiempo y á los cielos se alzaba en el espacio la monstruosa y abigarrada cabeza del palacio de las siete torres, y un murmullo lejano sordo, mujiente, se dejaba oír.

Se precipitó Frari del buque, y se dirigió al bazar rodeado de tiendas adornadas á la oriental y atestado de pálidos y flacos esclavos.... niños que apenas podian articular una palabra sin temblar, languidas mujeres, cuyas desnudas carnes miraba con indiferencia y hastío el barbaro populacho, pobres ancianos sin vigor y sin animo, robustos jóvenes que mostraban atezados

sus firmes contornos y sus músculos de bronce. Los infelices suspiraban en su corazón; pero ni una frase exhalaban que pudiera indicar que temian el yugo de hierro suspendido sobre su cuello.

Divisó Frari á lo lejos un hombre con turbante y lujosa ropa holgada, que llevaba ante sí á un desgraciado, en cuyo semblante se traslucia el sello de la miseria, de la angustia, de la ignominia, y de la esclavitud.

«Anda, le dijo el del turbante con acento breve y despreciativo, empujándole al mismo tiempo hácia la plaza; anda, tunante, sulta y brinca con alegría y agilidad.

El esclavo tendió la cabeza sobre el hombro sin fuerza para sostenerla.

Un latigazo la hizo enderezar; pero aquella cabeza infortunada no vertió una lágrima siquiera.

No desmayes, perro haragan, añadió el amo sin mover los labios; haz de modo que pueda venderse por un puñado de júsparas; si no ¡ya sabes! treinta azotes amarrado á la columna.

«¡Señor! murmuró el esclavo, señor!

«¿Tambien cobarde?»

«Y el hombre del turbante, tremolando el látigo que llevaba en la mano, lo tendió con crueldad sobre la amoratada espalda del infeliz que sin exhalar un gemido sintió que se inundaba su frente de sudor y sus ojos se inyectaban de turbia sangre.

«Frari que no estaba lejos, soltó entre dientes una exclamación de felicidad y sombría alegría.

«¡Ah! murmuró, no tengo duda! ese hombre del turbante es él.... ¡él....!»

Y sus ojos chispearon como una noche tempestuosa, mientras el revuelto huracan de las pasiones traspasó su corazón.

Aquel gran señor vendió al esclavo un instante despues por cuarenta júsparas y se marchó.

En un principio Frari le devoró con la vista; pero luego que creyó mediaba una distancia regular, cruzose de brazos y comenzó á seguirle aparentando indiferencia.

El reloj de la mezquita de santa Sofia acentuó con sonoridad la hora de las diez.

Frari no perdia de vista á su hombre; si iba á doblar una esquina casi se paseaba con él; e - pero, luego que entraba en una calle ancha, cosa rara en Constantinopla, pues son por lo ordinario sucias, además de antiguas y estrechas, nuestro marino volvia á guardar una modesta y prudente distancia.

A poco advirtió que se internaba en el barrio de Galatas, donde todavia le pareció ver vagar á Belisario, pobre y ciego, como el mejor testimonio de la generosidad y gratitud de los emperadores.

Frari se introdujo tambien en Galatas.

«Y el hombre á quien seguia se paró un momento en el dintel de una casa teñida con los colores que indicaban la secta á la que pertenecia el dueño.

«Despues se internó en la casa, en donde los criados se inclinaban á su paso respetuosamente.

Frari hubiera querido confundirse con uno de los furibundos rayos que brillaban en sus ojos.

«¡Ah! exclamó viendo á un pilluelo de Constantinopla que en nada de merecía de los vagos de París y granujas de Madrid; ¡mira! añadió en turco, ¡aproximaté!»

«¿Qué queréis? le preguntó el pilluelo sonriendo y en una jerga que apenas Frari pudo comprender.

«¿Deseas ganar una piastra?»

«¡Pues no!»

Y añadió con rapidez:

«¿Pero en qué trabajo, señor? en qué trabajo?»

«Escúchame con atención.

«El tunante no pestañeaba siquiera.

«¿Conoces al caballero que ahora mismo ha entrado en la casa que tenemos en frente?»

«¡Vaya! ¡vaya!»

«¿Es de apellido...?»

«Un gran señor.

«De Constantinopla?»

«¡Oh! de cierto que no es de aquí.

«¿Cómo lo sabes?»



¡Señor! mrmuró el esclavo, señor! (Pág. 359, columna 3.)

—Díe mi madre, que cuando se casó ese señor con una viuda muy rica que por algun tiempo fué su ama, le dieron muchos despojos de la boda.

—¿Y bien?

—Como entre los criados todo se dice, mi madre oyó asegurar que el señor era italiano lo mismo que la viuda. ¡Pobre mujer! á no haber muerto, de seguro que mi madre no necesitaria mas que leer el Alcoran para ser feliz.

Y el pilluelo hizo una mueca, hermana de la mueca de hipocresia que saben reproducir todos los pillos del mundo.

—¿Con que ese señor está viudo á la sazón?

El pilluelo contestó con un gesto afirmativo.

—No tiene mas familia, añadió, que una hermosísima hija.

Frari quedó suspeso. ¡Tantas ideas se le agolparon á la cabeza!

—Pues bien, atiende, dijo con seca explicitud; tú eres desde ahora una culebra de piedra que acecha si sale el topo del subterráneo para tomar el sol.

—Comprendo.

—Si sale, y no te olvidas de lo que digo, si sale no tienes mas que seguirle, rastrear dónde se introduce y volver á tu garita para darme cuenta.

—El pilluelo meneó la cabeza.

—Qué, repuso Frari, ¿encuentras mal partido?

—Eso de seguirle donde vaya es peligroso, señor, porque tiene demasiada mano con los Moyas y Cadis para que no pueda pudrirlo á uno en el fondo de los calabozos sin dar parte ni aun á su turbante.

—¿Con que tan cobarde eres?

—¡Yo, señor! ¡yo cobarde! ¿quereis darme dos piastras y me arriesgo á todo?

—Corriente contestó Frari sonriendo, te asigno dos piastras.

—¡Chist! exclamó el pilluelo llevándose un dedo á los labios con espresion de refinada astucia.

—¿Qué es eso?

—¡Silencio! ¿No habeis visto, voto al diablo, un rostro desencajado á través de los cristales de la casa de enfrente?

Y bajó los ojos murmurando.

—¡Otra vez! miradle, es horrible!

Cuando Frari levantó el rostro solo vió como un ojo encendido que brillaba tras el cristal, que un momento despues lo cubrió una pálida mano con una cortinilla blanquísima.

Frari recomendó mucha y prudente sagacidad al pilluelo, y salió del barrio de Galatas con direccion al embarcadero.

Aun no habia vibrado la última campanada de las once en el reloj de la plaza de Bayaceto, cuando Frari apareció ante el pilluelo que permanecía mudo é inmóvil en su sitio como un centinela en la garita.

—¿Ha salido? le preguntó en voz baja.

—No, respondió el pilluelo, en el mismo tono.

—Toma.

Y Frari le alargó las dos piastras estipuladas.

—Gracias, señor.

—Está concluida tu tarea.

—¿De veras?

(Se continuará).

VIAJE Á ALEMANIA

Y Á LAS EMBOCADURAS DEL DANUBIO
POR MUNICH, EL PAIS DE SALTZBOURG, VIENNA Y
LOS PRINCIPADOS.

—Vuelta por Constantinopla, Atenas y Trieste.—

(Continuacion.—V. el n.º 21).

CAPÍTULO IX.

Los alrededores de Viena.—Baden.—Luxemburgo.—Meidling.—Pensung.—Saint-Vcil.—La ciudad de Aúesperg.—Schembrunn.—Visita á la Isla de Lombau y á Wagram.

Me gustan sobre todo los alrededores de Viena y no pasaba dia que no fuese á darme por ellos un paseo de algunas horas. Pueden fácilmente recorrerse á pié ó en ómnibus.

La carrera cuesta en general de ocho *kreutzers* á doce cuando no se pasan los limites de la jurisdiccion. Para las distancias mas considerables, se encuentran carruajes especiales, y los caminos de hierro sirven casi todas estas localidades.

Una de las estancias favoritas de la corte, durante el buen tiempo, es el palacio de *Luxemburgo*. Para ir á él hay que tomar desde luego la via férrea hasta el otro lado de Meidling, donde una bifurcacion del camino conduce á la residencia imperial. De esta suerte se deja el antiguo camino, tan notable por sus hermosas sombras; pero al menos la rapidez actual del trayecto permite consagrar mas tiempo á la visita del palacio y Jardines. *Luxemburgo* es del principio del si-

los que tengan bastante gusto para apreciar la bella naturaleza, y poco dinero para ir á arrojar-se al pozo del tapiz verde.

Al volver de *Baden*, donde se pasa ordinariamente la noche para visitar por la mañana la fuente *José* y la cascada, me detuve en *Withemsdorf*, y de allí, atravesando *Medling* y el parque *Schönbrunn*, visité el bonito pueblo de *Saint-Weit*, poblado de casas de campo y de ricas quintas. En una de ellas es donde el embajador de Francia reside en el verano. La quinta *Auersperg* no es sino un pabellon, una fantasía del gran Señor; pero la elección se ha hecho á Mr. el baron de B.... testigo de aquel gusto exquisito del que la Francia ofrece por todas partes el modelo mas perfecto. Yo comí en un círculo de distinguidos huéspedes que la Sra. Baronesa de B.... convidó á sus reuniones particulares. Allí se encontraban algunos de nuestros jóvenes diplomáticos, formados con estudios formales por sus jefes, uno de los hombres mas eminentes de nuestra época, los mejores, sobre todo, para representar la Francia: tambien encontré al conde de M.... antiguo secretario de la embajada, en tiempo de Mr. de Saint-Aulaire, y del que el hijo lleva ahora en *Saint-Cyr* la charretera de oficial. ¡Qué de encantos en aquel soiré todo francés, donde se habla de la patria, donde las distinciones de categoría se ocultan ante las del talento, donde la noble sencillez de los huéspedes dejó en nuestra alma el recuerdo de una amable acogida y una seductora bondad (1)!

Yo habia consagrado cinco ó seis dias para las cercanías de Viena, y el momento de mi partida habia llegado. Quise volver á ver aun en detalle el palacio de *Schönbrunn*, donde muchas veces me habia paseado en la época de mi primer viaje; y aunque nada vi de nuevo, yo volví por mi gusto, como á las antiguas relaciones, cuya conversacion llega á ser mas íntima en cada nueva entrevista. No trataré de describir en detalle á *Schönbrunn* y sus jardines. Estas especies de descripciones se parecen casi todas, y desde luego lo que yo iba á buscar á aquel punto no era la relacion mas ó menos detallada de sus habitaciones, galerías y mobiliarios, sino los recuerdos franceses que trae á la mente aquella antigua morada. Solo diré algunas palabras sobre la posicion y conjunto del palacio, á fin de agradar, si es posible, á los amantes de los detalles estadísticos.

Schönbrunn ó la *Belle-Fontain*, el *Fontainebleau* de la casa de Lorena se halla á tres kilómetros de Viena. Hay que seguir para llegar á él el barrio de *Mariahilf*, dejándose *Penzing* á la derecha, y *Meidling* á la izquierda, y para entrar en el patio del palacio, se atraviesa por un bonito puente el lecho casi siempre seco del *Vieu-Flus*. Nada ofrece que tenga el caracter de estancia imperial los alrededores del palacio: los campos y terrenos de huertas se estienden hasta muy cerca de él; los omnibus que van y vienen, atraviesan la gran plaza, la misma que da frente al palacio, y donde *Napoleon* pasaba la revista de su guardia cuando *Staps* trató de asesinarle. Se me mostró el sitio donde estaba el emperador, el cuarto donde fué conducido el estudiante, y mas tarde, el sitio donde fué ejecutado. Todo esto se me enseñó sin pasión, sin odio, sin entusiasmo, con la fria indiferencia que se agrega á un hecho de historia antigua.—La fachada del palacio está del lado de la plaza, súa y baja. Se entra por una bóveda, cuyas murallas, pintadas de color gris, representando un fondo de parras, y los pórticos de bastante mal gusto. Aquella mezquina decoracion no tiene el mérito del género rococo, tal como floréncia en el último siglo. La escalera de las habitaciones es muy baja, y vulgarmente adornada.

Sin embargo, el interior del palacio encierra hermosas cosas, y si no tiene la grandeza artificial del palacio de *Munich*, ni las riquezas

(1) En los momentos de publicarse estas páginas, una desgracia irreparable sobrevino á la noble familia que nos habia acogido. Mme. de B.... acababa de morir en Viena en la flor de su edad: que reciba el homenaje de nuestro respetuoso dolor.

artísticas de *Dresde*, se encuentra lo que vale mas para mí, los cuadros de la vida de familia y la historia íntima de los últimos soberanos del Austria. Dos grandes sombras parecen andar constantemente errantes por las galerías del palacio, é invitaros á que las sigais. La una es la sombra de *María Teresa*; la otra la de *Napoleon*. Ved aqui las habitaciones particulares de la emperatriz, el retrete cuyos muebles tapizados de seda, fueron hechos por ella y sus hijas: contemplada en medio de su joven y bella familia; sin trabajo reconoceréis en su real fiereza la que fué un dia la reina de Francia. Aquella frente pura y elevada, aquel labio un poco de deñoso, bajo sus largas cejas, aquella mirada dominante; ¡ay! quién de nosotros no las ha admirado! Nuestros padres tambien la han saludado con sus aclamaciones, y han visto, sin piedad, ó mejor con un frenesí salvaje, caer aquella cabeza soberana, y aquellos cabellos tan rubios y tan suaves volverse blancos por el dolor, bajo la mano profana del verdugo.

Ved tambien la figura indecisa de *José II*, el impotente novador, y á la hermosa *María Carolina* de Nápoles, con cabeza de ángel y corazón de demonio, como ya se la llamaba entre la familia, y mucho antes que los acontecimientos viniesen á justificar aquel triste horóscopo. ¡Cerca de ella, los otros niños, menos conocidos y mas dichosos sin duda!... porque han pasado mas oscurecidos. Despues del salon de familia, vienen las habitaciones de porcelana, el salon del consejo, el del trono y despues en el ángulo de la izquierda, habitaciones un poco retiradas cuyas ventanas dan al parque, y una vuelta de escuadra á un vergel.

Allí fué donde habitó *Napoleon* desde el 12 de mayo de 1809 hasta fin de octubre, alternando entre su estancia en *Schönbrunn*, y las frecuentes visitas que hacia en medio de su ejército: allí fué donde firmó la paz con Viena, donde dueño muy exigente, olvidó que el que destruyó por mitad al ejército vencido, le redimió de todo reconocimiento y le dejó vivir para venganza y odio; allí fué por último donde desfalleció y murió su hijo.—Yo recordaba aquel acontecimiento pasado casi desapercibido en medio de las preocupaciones políticas de 1832, y mientras que un anciano criado, de origen suizo, antiguo soldado de la guardia del papa, me contaba en italiano, por miedo no le entendiesen sus compañeros, los detalles de la enfermedad y la muerte del príncipe, mientras que me mostraba furtivamente la habitacion vacía y desnuda, depojadas sus paredes, que la sombra susceptibilidad del joven emperador ha querido prohibir al público: sin querer se me vinieron á la memoria las páginas escritas por el fiel servidor de otro proscrito que habia estado saludando algunos dias antes.—Está bien señalado para ser historiógrafo de razas vencidas aquel que ha ofrecido al culto del destierro y de la desgracia un carácter sin tacha y una afeccion caballeresca.

Los jardines de *Schönbrunn*, tan célebres como los de *Versalles*, por este lado, la vista del palacio es mas regular, y la perspectiva se termina felizmente por el mirador de *María Teresa*, construccion elegante, de estilo corintio, y que participa á la vez de un arco de triunfo y de un templo antiguo.—No muy lejos se levanta en el gran parque, el *Thiergarten*, ó el corral muy acertadamente hecho redondo. Todas las calles vienen á parar á un centro comun ocupado por el pabellon de los pájaros, y en el intervalo de los huecos, cubiertos con altos setos, las casillas y jardines ocupados por los animales. Hermosos y bien trabajados enrejados, forman en el centro el cercado de todos aquellos recintos.

Los recuerdos de *Schönbrunn* conducian naturalmente á los de *Wagram*, y al invitar al lector á que me siga en esta hermosa llanura, es que concluíre la narracion de mi estancia en Viena.

Dos veces he visitado el teatro de la batalla de 1809, y en cada una de mis escursiones he tomado siempre distinto camino. En 1854 fui direc-

tamente de Viena á la *Lobau*, distante dos leguas poco mas; entonces atravesé la gran isla, así como los numerosos islotes que componen los dos brazos principales del Danubio, subí por la orilla izquierda de *Essling* á *Aspern* y á *Stadlan*, recorriendo con la historia militar en la mano, cada rastro, cada uno de los recuerdos de aquellas sangrientas jornadas, donde la suerte parecia ofrecer al conquistador un aviso saludable.

Cuan do atravesaba por último, en un lluvioso dia de setiembre, aquellos terrenos algo pantanosos, arroyos y montecillos cortados, rodeados aun hoy dia de grandes chopos y mimbreras, la lluvia habia calmado, y sus aguas muy bajas por la estacion que era, no daban sino una imperfecta idea de las dificultades del paso. Solo al entrar en los pueblos, al punto se comprende con qué encarnizamiento ambos pueblos debieron disputarse la posesion.

Si todas las casas destruidas en 1809 han sido reedificadas, muchas de ellas conservan aun en sus paredes las balas y cascos de metralla con las que fueron acerbilladas. Se me mostró el sitio donde el intrépido *Lannes* fué herido mortalmente; aquel donde *Massena*, tranquilo é impasible bajo la lluvia de la metralla, recostado sobre un árbol roto por las balas, y la cabeza apoyada en su mano, daba sus órdenes y cubrió hasta los últimos rayos del dia, la retirada de las tropas diezmadas, pero no vencidas, en la isla de *Lobau*.

Ningun monumento hay levantado en los lugares que vieron tanto heroísmo; pero el pueblo sabe de corazón toda aquella historia, y como el viejo soldado de *Hohenfinden*, se inclina, olvidando su nacionalidad ante estos prodigiosos recuerdos.

Hoy dia hice el estudio de toda la llanura por la parte del Norte, y dejando el camino de hierro, cuya primera estacion está en *Wagram* mismo, me hice conducir en carruaje por *Ferrisdorff*, *Eipeltan*, *Süssenbrunn*, *Gerardsdorf* hasta *Dentch-Wagram*, á lo último de la posesion ocupada por el archiduque *Carlos*. El campo encontraba entonces en todo su esplendor; los trigos abundaban por estos sitios, que han visto la gran cosecha de hombres, *seges ampla virum* y el grillo dejaba oír su canto vocinglero por los parajes donde retumbaban á todo vuelo los cañones y tambores. Casi estaba en el dia del aniversario de la batalla, puesto que la visité el 1.º de junio. En *Wagram*, donde el conductor de camino de *Moravia* pronuncia este gran nombre con una estúpida indiferencia á los viajeros fatigados á bajar é ir á beber ó comer á los *Wüschaff* próximo, solamente noté una columna de quince pies de alto; me aproximé á ella con respeto, convencido de que estaba allí para perpetuar la memoria de la batalla. ¡Ay! me enseñó solo servia para marcar el límite territorial del margraviato de *Moravia* y el archiducado de *Austria*. Habiéndome engañado con aquel, resolví de no guiarme sino por mis cartas; despues de algunos momentos de descanso en *Wagram* y seguí la llanura hasta *Pardorf* y *Margarensidel*, donde se ejecutó el movimiento decisivo de *Napoleon* para atacar á los austríacos por la izquierda, mientras que *Massena*, tendido á lo largo del río por *Aspern* y *Kagram* cubria la fuerte posicion de *Brettenlee*. Desde volví á bajar por *Rasdorff* hasta *Encersdorff* donde se verificó el paso del ejército el 5 de julio 1809.—De esta suerte habia recorrido todo el vasto anfiteatro donde se decidieron por séla vez los destinos del Austria.

Eran las seis de la tarde cuando estaba en Viena, y terminé mi noche con visita al príncipe *Bibesco*, antiguo hospedador mio. Iba á encostrar á su familia en *Buda* y empezar al mismo dia siguiente la segunda parte de mi viaje por la navegacion del Danubio, hasta el mar Negro.

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuación.—Véase el n.º 21).

Sin embargo, se aleja de nuevo, vuelve sobre sus pasos siete veces, atraído por su ternura; y siete veces el genio enemigo lo arrastra lejos de Damayanti; pero el amor y la piedad lo vuelven a su lado.—Parece que dos corazones laten en su pecho, como el balancin de un peso que se conmueve sin cesar; y se va y viene continuamente hasta que por último huye de aquel sitio.

XXXII.

Damayanti se despierta.—Se ve sola bajo la mitad de la capa cortada, como símbolo de la separación definitiva entre los dos cuerpos y las dos almas.—Sus lamentaciones resuenan en el bosque, y el delirio se apodera de sus sentidos: llama a Nala, pidiéndoselo a los árboles, y á las montañas con un acento capaz de enternecer los árboles y las rocas.—Una serpiente se le enlaza como el Lacoonte, comprimiendo sus miembros las ligaduras del monstruo; y se olvida aun de sí misma para pensar en su esposo.—¡Oh esposo mío! esclama, ¡qué inmensos serán tus remordimientos cuando despiertes en mi destino! ¿He podido abandonarla en la soledad, dirás desesperado? Tú, el león de los hombres, ¿quién te libertará de tus penas, cuando la fatiga, el hambre y el dolor van á asaltarte? »

Un cazador que atravesaba la espesura del bosque, oyó los gritos: corre, se acerca y sacando una flecha de su aljaba, da muerte á la serpiente.—Fascinado de admiración al ver los encantos de la beldad que había salvado, se atreve á hablarla de amor.—La casta indignación de la fiel esposa es tan terrible que á una sola mirada suya el cazador cae á sus pies.—Su beldad está enaltecida por su virtud.

«Su cuerpo estaba derecho y firme, dice en este pasaje el poeta; su seno parecía de mármol; su semblante resplandecía con una claridad mas dulce que la de la luna; sus cejas se partían en dos arcos majestuosos sobre sus ojos, y sus palabras resonaban como una música arrebataadora. ¡Al nombre del gran Nala, mi esposo, que tengo grabado en mi corazón, dijo ella, perecerán todos los que profanen con un deseo la esposa que le pertenece hasta el sepulcro!»

XXXIII.

Damayanti se quedó sola, llenando el vacío de aquella soledad con arrullos semejantes á los de la tórtola.

Aquí el poeta es el pintor mas sublime que se haya conocido; la paleta humana no tiene en Europa ni dibujos, ni colores comparables á la descripción del mundo vegetal por el que Damayanti va á la aventura, por las pendientes del Himalaya, al través de las nieves, los torrentes, los volcanes, las rocas, los árboles y de una naturaleza virgen y primitiva.—Es la infancia de la creación, manando con toda la savia de la vida, viéndola brotar á los primeros rayos del sol.—La beldad pudica de la amante abandonada, resplandece en aquel cuadro aun mas que el mismo sol.—Es la Eva de otro jardín.—Un tigre feroz se aproximó á ella para devorarla; pero vencido por la hermosura y la santidad de la esposa, se tendió á sus pies y la adoró.

XXXIV.

Llegó por último á las puertas de un monasterio de los Braemas, que son unos religiosos ascéticos, y cuyo retiro estaba situado en el seno de aquellos bosques.—Los monjes admirados la rodean y la interrogan; ella les cuenta sus desgracias, y los religiosos la predijeron la vuelta de su ventura.—Cuando Damayanti se despertó,

el monasterio y los monjes habían desaparecido como el humo ó como un sueño.—Volvio á emprender su camino, y se detuvo al pié de un árbol, cuya sombra es mortal:—«Ah! dice ella, este árbol es feliz en medio de los bosques; es un ser soberano, y lo rodean con festones de vegetales sarmentosos que al par que los sostiene, les dá la alegría.—¡Apresúrate, oh árbol hermoso, á librarme de mis sufrimientos! ¿Tú que le quitas al hombre el sentimiento del fardo de sus pesares, no has visto á Nala, á quien tanto quiero? ¿Nala, cuya delicada piel tan solo está protegida por la mitad de una capa y que se errante por este bosque perseguido por la desesperación? ¡Oh árbol querido, quitame esta vida que me pesa! ¡Tu nombre significa que sanas el dolor de los hombres! ¡Oh árbol hermoso, que tu nombre sea una verdad para mí!»

El árbol, insensible, le deja la vida.—Prosigue su camino y encuentra una caravana de mercaderes, cuya avidez no les permite reparar en la belleza y en las lágrimas de Damayanti.—Por lo que llevamos dicho, se ve que en aquellos tiempos primitivos, el poeta indignado, pintaba la proverbial dureza de los traficantes de la India.—«No hemos encontrado en esos bosques mas que tigres, leones y serpientes, le dicen, no sabemos quien es Nala; viajamos para buscar la riqueza.—Si eres una de esa, como lo revela tu beldad, protege nuestro negocio y enriquecécnos!»

Damayanti sigue, sin embargo, la caravana, apenas cubierta de andrajos, y el populacho la insulta á la entrada y salida de las poblaciones. La compasión no puede conmovir el corazón con un envilecimiento mayor de la juventud, la belleza y la inocencia.—Por último llega al lado del rey, su padre, y envía brahmanes por todos lados para descubrir la suerte y la residencia de su esposo.

XXXV.

Nala, después de haber pasado por aventuras tan trágicas como las de Damayanti, entró al servicio de un rey vecino en calidad de conductor de carros.—Su mal genio lo había trasfigurado, y estaba desconocido y deforme; pero había recobrado su virtud.

Damayanti, informada en fin que su esposo existía; pero que la vergüenza le impedía presentarse á ella, empleó un subterfugio que debía despertar infaliblemente en Nala el grito de la naturaleza.—Fingió el querer elegir esposo, é hizo proclamar en todos los estados vecinos que los que aspirasen á su mano, podían presentarse en la corte del rey su padre.—Al saber esta noticia, apenas pudo Nala ocultar su secreto y su desesperación.—El rey, su amo, quiso presentarse ante ella para ver si tenía la suerte de ser elegido; y encargó á Nala de preparar sus corceles, y de conducirlo á la corte del padre de Damayanti.—Estas escenas de costumbres orientales se desarrollan en cantos inagotables, ora en el palacio de Damayanti, ora en el que Nala gemía desconocido, bajo el disfraz que lo ocultaba y el falso nombre de Wacouba.—Pero escuchemos al poeta épico.

«Nala, bajo el nombre de Wacouba, escogió en las cuadras del rey, su amo, cuatro corceles, de ancas delgadas, músculos vigorosos, que echaban humo y fuego por sus narices sonrosadas, y cuyo corazón palpitaba de impaciencia.—¿Qué, le dijo el rey, cuando los vió, quieres burlar mi impaciencia? Esos corceles trasajados y macilentos no tendrán ni la fuerza ni la necesaria rapidez para conducirme en un día al reino de Damayanti.

«Observa, ¡oh rey! esos signos felices, le responde Nala; esa estrella sobre la frente, esas dos manchas en la cabeza, esas cuatro espigas en los ijares y en el pecho, y esa gran mancha de pelo sombrío en sus lomos.—Nos llevarán como el viento, sin detenerse hasta el fin de la carrera.»

La narración que hizo del carro, es fantástica como una balada de los bardos del Norte.—El genio que se había apoderado de Nala lo abandonó en el camino; pero quedóse desconocido para todos, y bajo la grosera apariencia de un conductor de carros, ocultaba su belleza

cuidadosamente, para que la vergüenza de su condición presente no estallase en la corte del rey su suegro. No parece sino que leemos las transfiguraciones de Ulises en la Odisca para tentar á Penélope.

XXXVI.

«Era de noche, dice el poeta; el carro conducido por Nala retumbó estrepitosamente en la ciudad de Damayanti; los caballos de Nala que no lo habían olvidado, oyeron el ruido, que resonó hasta en sus cuadras; y agitando y encabritándose con ardor, fueron los primeros que presintieron la vuelta de su antiguo amo.—Aquel trueno sordo del carro de Nala, que resonó en las calles, como el ruido lejano del rayo, llegó también hasta los oídos de Damayanti, que se estremeció de emoción y de ansiedad; oyó al mismo tiempo los caballos del príncipe su esposo, que relinchaban de alegría y de deseo en su cuadra, y creyó ver de nuevo el carro de Nala, ostentando los arreos de otras veces, cuando la formidable mano de su esposo cogía las riendas de sus caballos.—Los pavos reales de pié sobre el parapeto de la fortaleza, y los elefantes en sus jaulas, dieron señales de atención é inquietud al oír aquel ruido, y levantaron sus cabezas, y cruzaron mil gritos saludando de este modo aquel rayo subterráneo, que en otro tiempo anunció la llegada del héroe.

«¡Oh Dios mío! la alegría rebosa en mi alma, exclamó Damayanti; ¡ese ruido del carro que parece pulverizar la tierra en su carrera llevando su órbita entera! ¡Oh! ese es Nala! es el monarca del mundo! ¡Siento que me moriria, sino viese desde hoy á ese príncipe, mas resplandeciente de virtud y de hermosura que el astro de la noche! La vida se secará en mi pecho, si no estrecha hoy en sus brazos á su esposa.—Quiero echarme en la hoguera de las viudas, la de las llamas de oro, si el héroe de Nishada no me estrecha hoy en su seno.»

En su turbación y su impaciencia, subió los peldaños de la plataforma de la fortaleza, para aperebir con anticipación al que ella sospecha que es su esposo.—Pero no vió mas que escuderos y servidores que acariciaban los caballos al desengancharlos, y que colocaron un carro real en los patios en que estaban los coches de su padre.

«Anda, díjole á una esclava confidenta suya, infórmale de quien es ese conductor de carros que he visto sentado en su puesto, ¡con una apariencia grosera y un brazo mas corto que el otro.»

La esclava obedeció y llevó muchos mensajes escrutadores al héroe, casi reconocido bajo su disfraz.—Tan pronto Damayanti espera, como vuelve á caer en sus dudas y ansiedad.—Envió mil y mil veces para interrogar tan pronto al mismo Nala, como á sus compañeros de viaje.—Medias palabras revelatrices se cambian poco á poco entre la esclava y el héroe, y llora al escuchar á la esclava que le pinta las angustias y el amor constante y fiel de su esposa abandonada.—«¡Oh mujer de cabellos tan negros como la noche! dijo dirigiéndose por un movimiento involuntario á Damayanti, no te indignes contra el infortunado, que privado de su razón, buscaba en vano el alimento de su mujer y el suyo; y á quien los pájaros le quitaron hasta su capa: si ves volver alguna vez á tu esposo despojado de su imperio, indigente y devorado de remordimientos, ¡ah! no lo rechaces de tu seno!»

«Detengámonos aquí, dice interrumpiendo este episodio el sábio traductor, y admiremos la deliciosa y conmovedora ingenuidad del poeta, que tan pronto nos recuerda la majestad de Homero, como la sublimidad de la Biblia. Esta poesia, está viva, y en sus venas circula una savia ardiente y rica, lo mismo que el fuego creador se estiende por las hojas y las flores de las palmas de aquellos climas; jugo vigoroso que hace vegetar el árbol, renueva sus tallos y se transforma en un licor embriagador.—Todo es apasionado, pero tranquilo, porque la razón predomina sobre la pasión; y todo es ingenuo como la naturaleza sorprendida en sus arranques mas espon-

táneos; y nunca inspiró á la poesía acentos mas verdaderos, ni emanados mas intimamente de la emoci6n y de la conciencia. Roguemos, añade, que esta poesía nueva, en fuerza de su antigüedad, y que tiene muchos rasgos de semejanza con la de los griegos, sea asociada un día á esas obras de la Grecia en la educaci6n de la juventud. — «Nosotros decimos como él.»

XXXVII.

Una serie de pruebas ingénuas é ingeniosamente dirigidas al corazón de su esposo, por Damayanti, para forzar á Nala á confesar su verdadero nombre, nos recuerda lo que Penélope hizo sufrir á Ulises en el *Odiseo*, antes de reconocerlo por su marido. — La mas tierna de dichas pruebas es la de sus dos hijos, que aparentemente envía sin intenci6n por su esclava favorita. — A su aspecto, el corazón de Nala se despedaza y se abre; se escapa de él el grito santo del padre mezclado con el del amante. — «¡Oh esclava! le dijo al ama, no te admires de estas lágrimas que vierten mis ojos; ¡pero esos dos niños se parecen á los míos! He llorado por la sorpresa que me ha causado esa semejanza, hija de la casualidad.»

(Se continuará.)

HISTORIA DE LA GUERRA

DE LA

INDEPENDENCIA ITALIANA.

(Continuación. — Véase el n.º 22.)

En nuestro número anterior dimos cuenta de las posiciones respectivas de ambos ejércitos el día 12 de mayo; hoy vamos á esponer cuáles son las fuerzas militares de los Estados italianos, y sobre todo de las inmediatas al Piamonte, y el apoyo ó oposici6n que debe esperarse de los gobiernos de la Península en los acontecimientos que se preparan.

En el ducado de Parma, que confina con el Piamonte desde el Pó hasta la cima, y con la vertiente meridional de los Apeninos, se halla Placencia ocupada por los austriacos, que han fortificado esta ciudad con obras bastante considerables, y que de este modo dominan el curso del Pó, empezando por la embocadura del Tesino. Parma está en posesi6n de las tropas de la duquesa regente, que ha declarado que quiere permanecer neutral. Un movimiento cuya importancia y verdadero objeto no son aun bien conocidos, decidió á esta princesa á dejar la ciudad, despues de haber nombrado un consejo de regencia, el cual fué reemplazado inmediatamente por un gobierno provisional. Pero al día siguiente ó al otro, al saber que las tropas austriacas se dirigian por el ducado de Módena hácia Parma, tuvo lugar una contrarevoluci6n: algunos oficiales se retiraron al Piamonte, y otros, al frente de las tropas, acompañaron á la duquesa, que regresó á su capital, escoltada por los mismos soldados que la habian abandonado pocos días antes.

Estas variaciones en la política de un estado que cuenta en pié de guerra 6,000 hombres sobre las armas, y que no encierra ninguna plaza fuerte, no tienen gran interés bajo el punto de vista militar, pero inducen á temer que la causa de la independencia italiana no cuenta en aquellos dueños con defensores ni muy decididos, ni muy numerosos.

El distrito separado de Pontrémuli, que tiene alguna importancia estratégica, porque se compone del elevado valle de la Magra, y va á salir á los valles Tarro y Parma, por Bageniza, se habia puesto bajo la protecci6n del Piamonte. Al saber la vuelta de la duquesa á su capital, apresuróse Pontrémuli también á someterse.

En el ducado de Módena, que se estiende desde el Pó al Mediterráneo, el país de Masa y Carrara, que forma el litoral del Principado, arrojó de su seno á las autoridades ducales. Con el apoyo de

los guardias nacionales procedentes de Génova, y de un destacamento toscano, la milicia local consigue tener á raya á los soldados modenenses que se han retirado á Fixizano. De este modo se halla establecida entre el Piamonte y Toscana la comunicaci6n por tierra.

El ejército del duque de Módena se compone en su totalidad de 4,500 hombres. Sin embargo, parece ha sido reducido considerablemente á causa de las deserciones de los patriotas que han ido á engancharse en el ejército sardo. Asi es que Francia tiene en ese príncipe un adversario, mas bien mal intencionado, que terrible. El partido liberal en Módena es bastante numeroso, y dará algunos auxiliares cuando se vea libre de los austriacos; pero una parte del ejército parece decidida por el príncipe reinante.

En Toscana, el movimiento ha sido general: un gobierno provisional establecido en Florencia, ve su autoridad reconocida por casi todo el gran ducado. El general Ulloa, que se ha dado á conocer en la defensa del fuerte de Malghere como un oficial de recursos y de energía, ha tomado la direcci6n de los asuntos militares. Se han enviado destacamentos para cubrir las fronteras; se están enganchando voluntarios, que se organizan con toda actividad: ya ha llegado un cuerpo de 2,000 piamonteses que prestarán su apoyo á la insurrecci6n.

El ejército toscano en pié de guerra se compone de 18,000 hombres, entre los cuales se cuentan 1,800 de caballería. Todavía no está completo; pero el entusiasmo que reina hará que muy pronto se llenen los cuadros. Estos, además, son buenos. Las tropas formadas por el general Ferrari, que empezó su carrera al servicio de Austria, y por un coronel francés que dió su dimisi6n hace algunos meses, de resultas de un desacuerdo con el general en jefe, están muy bien organizadas y perfectamente instruidas. Los voluntarios toscanos se batieron valerosamente en 1848 delante de Mantua; es, pues, de esperar que sus sucesores, despues de haberse sublevado en nombre de la independencia italiana, la defenderán valerosamente en los campos de batalla.

La Toscana forma en este momento el extremo derecho de los países que serán teatro de la guerra. Si es cierto que Austria se ha comprometido á no hacer de los Estados del Papa el punto de partida de sus ataques, y renuncia á marchar sobre Florencia por el camino de Bolonia, los toscanos solo tienen que defender el paso de los Apeninos, que desde Pistoye, por san Marcelo, Pieve-di-Pelayo y el elevado valle del Pánaro, conduce directamente á Módena.

La situaci6n política y militar de los Estados del Papa es de las mas originales. El jefe de la iglesia ha proclamado la neutralidad del territorio de san Pedro; y sin embargo, los austriacos ocupan primero á Ferrara y Comacchio, conforme á las estipulaciones de los tratados de 1815; despues á Bolonia y Ancona, donde tienen guarnici6n desde 1848, la petici6n del santo Padre; en fin, desde los últimos acontecimientos parece han llevado tropas á todos los puntos del litoral del Adriático. No solo ocupan militarmente las ciudades, sino que exigen viveres, medios de transporte y fornituras de toda especie; se apoderan de las propiedades para los trabajos de defensa que ponen por obra, y por último, una parte de su ejército de ocupaci6n está pagada por el tesoro pontificio.

Así, pues, la neutralidad proclamada es para ellos el medio de impedir la propagaci6n del movimiento nacional italiano; al mismo tiempo les da una posici6n militar útil, puesto que la orilla derecha del Pó, desde Palawtone, está garantizada de los ataques del ejército francés; es para ellos un medio de pagar y hacer vivir una parte de sus soldados. En fin, el ejército y el pueblo romanos, abandonados á sí mismos, podrian proporcionar á los aliados de 20 á 25,000 auxiliares que se hallan reducidos á la inacci6n hasta el día en que al gabinete de Viena le acomode desarmar é internar las tropas del Pontífice sacadas en parte de sus propios soldados.

En cuanto á Francia, su neutralidad le permite tener, pagándolas y manteniéndolas, débiles

guarniciones en Civita-Vechia y Roma: esas posiciones no tienen utilidad alguna estratégica, toda vez que pueden penetrar en Italia por el Piamonte y Toscana.

Los austriacos tienen, pues, todos los beneficios y las ventajas de esa supuesta neutralidad, y la Francia los inconvenientes.

El reino de Nápoles es la mayor potencia militar de Italia, al menos por el número de sus soldados, cuyo guarismo en pié de guerra puede elevarse á 140,000. Las simpatías del rey á los austriacos son bien manifiestas, y si este príncipe no declara la guerra á Francia, es tal vez porque necesita su ejército para la conservaci6n de sus súbditos.

Empero dejando á un lado consideraciones de alta política, que no son de este lugar, continuaremos nuestra misi6n de meros cronistas, y reanudaremos el hilo de nuestra narraci6n, diciendo que hace ocho días marchan los acontecimientos con mucha lentitud. Los austriacos se concentran entre el Sesia y el Tessino. Al otro lado de Vercelli parece que solo han conservado algunas avanzadas en el canal de Santhia. Sus reconocimientos continúan limitándose á la llanura del Pó, lo cual da lugar á algunos encuentros poco importantes con las tropas piamontesas, procedentes de Casale. Los austriacos, segun los partes piamonteses, han arrojado algunos puentes cerca de Vigerano, en el Terdoppio, y de Motta-Visconti, en el Tessino, á fin de facilitar su retirada en caso de necesidad. Su cuartel general está en Mortara. Han reforzado el cuerpo de observaci6n, colocado en Castel-Giovanni, entre Plasencia y el desfiladero de Stradella, en la orilla derecha del Pó. Han enviado además destacamentos á lo largo del Trebbia, para defenderse de un ataque procedente de Bobbio.

El emperador llegó á Génova el 12 del corriente, y volvió á salir el 14 para establecer su cuartel general en Alejandria. El cuerpo de ejército del mariscal Canrobert habia avanzado, ocupando, entre Casale y Valenza, en la orilla derecha del Pó, las posiciones que tenia anteriormente la divisi6n piamontesa del general Castellborgo: el cuartel general del ejército piamontés habia sido trasladado el 13 de san Salvador á Occimiano, ciudad á 7 kilómetros del Pó, y á igual distancia de Casale y de Valenza.

La divisi6n Bourbaki tomó posici6n en la orilla derecha del Pó, cerca de las avanzadas austriacas.

Uno de los grabados que hoy reproducimos, representa al general Giulay, hoy general en jefe del ejército austriaco. Este importante personaje nació en Pesth el año 1799, y es hijo del general Ignacio Giulay, que desempeñó una parte tan importante en la campañna de Francia. Entrando en el servicio militar en 1816, llegó rápidamente, á pesar de la paz, á los grados superiores de la milicia, pues, aunque tiene 60 años, no los ha empleado en el servicio militar. Cuando en 1848 estalló la guerra de Hungría, tuvo ocasi6n de lucir sus facultades y conocimientos; pero era húngaro, y no se confió en él. Se le dejó en Trieste con el grado de comandante militar de esta plaza importante, la cual puso en un brillante estado de defensa, así como á Pola, en donde se encuentran los astilleros de construcci6n de la marina austriaca. Salvó á esta marina, que, sea dicho de paso, no es hoy muy formidable, y que entonces era mucho menos. Este es uno de los rasgos mas importantes de la vida del general Giulay.

Desde entonces ni se ha ocupado ni ha servido mas que en los ministerios y en las embajadas, en los que ha adquirido títulos para la alta, pero difícil posici6n que hoy ocupa.

La segunda lamina representa los trajes del ejército de Austria. El uniforme que viste la infantería de línea del imperio, consiste en levita blanca corta, cerrada por una carrera de botones, el cuello de la misma abrochado por un corchete, pañuelos blancos, pantalón largo azul con tira blanca, morri6n bajo de paño negro con imperial recta y estrecha, plumero florón corto, igualmente negro, y por chapa en el frente del morri6n, una corona. Los husares se diferencian

en que los regimientos gastan pantalones ajustados y melidos por dentro de las botas que les suben hasta cerca de la rodilla.

Los batallones de rifles usan como uniforme, la levita corta y parda con paramentos verdes, dos carreras de botones, cuello cerrado por tres corchetes, pantalon largo con lista, sombrero de feltro redondo, y plumero negro caido hacia atrás.

La caballeria de linea compuesta de lanceros y de husares, viste levita verde con cuello y adornos encarnados, charreteras, cordones y alamares, pantalon ceñido verde, cascos de acero bruñido, y las lanzas con banderolas negras y amarillas.

En el uniforme de los husares no hay ninguna diferencia con el de las demás naciones, pues llevan la conocida chaqueta y pellica, ambas con escordnadura amarilla, y el kalpack de piel con su manga caida.

La artilleria usa la levita color de castaña con vueltas, cuello y vivos encarnados, pantalon azul, y sombrero de fieltro con plumero negro y amarillo.

M. GARCIA GONZALEZ.

SECCION CIENTIFICA.

LECTURAS CIENTIFICAS-INDUSTRIALES.

Ventajas de los movimientos de rotacion uniformes, y medios para conseguirlos. — Movimiento de rotacion varia de: velocidad del mismo. — Fuerzas resultantes y componentes: concurrentes y paralelas. — Centro de gravedad de los cuerpos; importancia de su determinacion en la mecanica. — Aplicaciones de la geometria para determinar los centros de gravedad. — Equilibrio: diferencia entre este estado y el de reposo.

Ya hemos manifestado, véase el número 20 de este SEMANARIO, las ventajas que ofrecen los movimientos uniformes; lo propio debemos indicar ahora, para poner de manifiesto cuanto importa no omitir medio alguno, para lograr que sean igualmente uniformes los movimientos de rotacion, de que hemos tratado al terminar nuestro artículo anterior, publicado en el número 21 de este periódico. Por lo tanto, es indispensable centrar perfectamente los órganos mecánicos animados con dicho movimiento y repartir de una manera uniforme sus pesos, procurando equilibrar las piezas, que por necesidades técnicas no cuentan con una forma circular, como lo efectúan los obreros al fijar en los tornos piezas de formas irregulares, principio que hace algun tiempo que ponen en práctica los constructores, tanto en las máquinas locomotoras, como en las de vapor aplicadas a los buques. Solo aceptando estas indicaciones, y siendo tan concienzudos como exactos en la montura de las máquinas, en la determinacion de las líneas céntricas de los ejes, en la nivelacion y perfecto ajuste de los cojinetes, podremos sacar, bajo el punto de vista mecánico, todo el partido que en la práctica ofrecen los movimientos uniformes de rotacion.

El movimiento de rotacion es *variado*, cuando un cuerpo al girar alrededor de un eje, no recorre espacios iguales, durante intervalos de tiempos iguales y sucesivos, cualesquiera que sean estos intervalos. Se denomina *velocidad angular* del movimiento de rotacion *variado*, a la velocidad angular del movimiento uniforme que adquiriria el cuerpo si a partir del momento en que se considera, cesase la variacion del movimiento.

La esperiencia manifiesta a cada momento, y el raciocinio admite sin dificultad, que varias fuerzas que actúan sobre un cuerpo, segun una misma direccion y en igual sentido, producen el mismo efecto que el de una fuerza única, igual a la suma de todas las fuerzas parciales que obran sobre el cuerpo en cuestion. Las nociones mas elementales de la aritmética nos prueban, en efecto, que la suma de varias cantidades homogéneas reconoce por valor la adiccion de los valores parciales de los sumandos. La fuerza única cuya accion puede sustituirse a la accion simul-

tánea de diferentes fuerzas, se denomina *resultante*, porque surge de la suma de las demás fuerzas a que puede reemplazar, las cuales reciben el nombre de *componentes*.

El examen de la direccion de las fuerzas entre si indica la existencia de fuerzas *concurrentes* y *paralelas*. Las que reconocen un punto comun en su aplicacion, formando, por lo tanto, ángulos sus direcciones, pertenecen a la primera clasificacion, y a la segunda, las que actúan segun direcciones paralelas. Un ejemplo notable de estas fuerzas nos lo ofrece la pesantez, que actúa sobre todos los cuerpos, y cuyas direcciones son líneas verticales, ó que como tales pueden considerarse en la práctica.

La pesantez actúa así sobre la masa total de los cuerpos, como respecto a las partes elementales que constituyen aquella; por lo tanto, pueden considerarse como solicitadas por un gran número de fuerzas paralelas, cuya resultante no es otra, que la suma ó sea el peso total aplicado en un punto, que se denomina *centro de gravedad*. Biremos, pues, que el centro único de las fuerzas paralelas desarrolladas sobre un cuerpo, es el centro de gravedad del mismo. Cualquiera que sea la posicion en que se coloque un cuerpo, si permanece constante su forma, y procuramos determinar el punto en que para cada una de aquellas debe aplicarse la fuerza única resultante de su peso, observaremos que dicho punto siempre es el mismo. Como consecuencia de este hecho deducimos, que un cuerpo se moverá, segun una posicion determinada, sin girar a lado alguno, si la fuerza única que se le aplique para ponerlo en movimiento pasa por su centro de gravedad. Tampoco admitirá vacilacion alguna su movimiento, si actúan sobre el cuerpo varias fuerzas paralelas, cuya única resultante pase por el centro al cual nos referimos. En oposicion a estos principios podemos manifestar, que para detener completamente, por medio de una fuerza única, el movimiento de un cuerpo que se adelanta en linea recta, es necesario que la direccion de dicha fuerza pase por el centro de gravedad del cuerpo; y que si aquel efecto queremos obtenerlo por el concurso de varias fuerzas, es igualmente indispensable que la resultante de estas pase por el mencionado centro.

Es importantísimo en el estudio de la mecanica industrial la determinacion de los centros de gravedad: la posicion de este en los órganos mecánicos, animados por movimientos de rotacion, como por ejemplo, un volante, una rueda, etc., ejerce marcada influencia respecto a la uniformidad de su movimiento. Si el centro de gravedad en las piezas que nos ocupan, no se encuentra sobre la línea céntrica, a cuyo alrededor efectúan sus rotaciones, la accion de la pesantez tiende a perturbar la regularidad del movimiento, porque la resultante del peso del órgano no se destruye por la fijeza del eje, dejando por lo mismo de aumentar la presion de aquel sobre sus cojinetes, que sufren presiones irregulares y contrarias a cada revolucion del eje, efecto destructor que importa prevenir en la mecanica industrial, procurando que el centro de gravedad de todas las piezas animadas por movimientos de rotacion se encuentre sobre el eje de estos movimientos. Tres medios emplea la mecanica para determinar el centro de gravedad de los cuerpos: podemos recurrir al cálculo, a la geometria y a la esperiencia: la indole de estos apuntes, completamente elementales, nos obligan a no dar mayores detalles sobre ellos.

Manifestaremos, sin embargo, que la mayor parte de los cuerpos que emplea la industria, afectan formas geométricas, siendo por lo general homogéneos, es decir, constituidos de una materia idéntica en todas sus partes, de manera que estas son proporcionales a sus volúmenes. En este caso, la posicion del centro de gravedad no depende de la naturaleza de su materia, y si de la forma geométrica de los cuerpos; por lo tanto, será mas fácil y sencilla su determinacion, que no teniendo precision de recurrir a la esperiencia ó al cálculo. Recordemos, pues, que en la geometria se denomina *centro de figura* de una superficie, a un punto tal, que trazando una línea

recta que pase por dicho centro y que termine en los extremos de la superficie, se encuentre dividida por aquel punto en dos partes iguales: tal es por ejemplo el radio de un círculo. Por lo mismo, siempre que el cuerpo, cuyo centro de gravedad deseamos conocer, posee un centro ó un eje de figura ó de simetria, aquel se encontrará sobre dicho centro ó eje. Segun lo espuesto, consideraremos como axiomas los siguientes principios:

El centro de gravedad de una recta, se encuentra en su centro. El de una circunferencia ó de un círculo, en su centro de figura. El centro de gravedad de un arco, de un sector y de un segmento circular, se encuentra sobre el radio que pasa por el centro del arco. El del contorno y superficie de una elipse, en el punto de interseccion de sus ejes. El centro de gravedad de un cuadrado, de un rectángulo y de un paralelogramo cualquiera, se halla en el punto de interseccion de sus diagonales; el de la superficie y volumen de la esfera se encuentra en su centro; el de un paralelepípedo, el de un prisma, el de un cilindro de bases paralelas, en la mitad de la recta que une los centros de gravedad de las bases, etc.

Téngase presente que el centro de gravedad de un cuerpo no siempre se encuentra en la porcion del espacio ocupado por la materia del cuerpo.

Cuando al actuar varias fuerzas sobre un cuerpo, se neutralizan mutuamente, y el cuerpo se encuentra en las mismas circunstancias que antes de que obrasen sobre él dichas fuerzas, se dice, que se halla el cuerpo en *equilibrio*, ó que se equilibran las fuerzas a las cuales nos hemos referido. Conviene distinguir, segun esta definicion, la diferencia que media entre el *reposo* y el *equilibrio*: este no escluye la idea del movimiento, puesto que se denomina *equilibrio estático*, cuando existe el reposo, y *equilibrio dinámico* al subsistir aquel. Volvemos a repetir que un cuerpo ó un sistema material se encuentra en equilibrio, cuando las fuerzas que se le aplican, se neutralizan y no modifican el estado de reposo ó de movimiento en que se encontraba el cuerpo ó el sistema material, al que nos hemos referido.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Las mas recientes noticias del teatro de la guerra no son por cierto nada satisfactorias para los que hasta el último momento han estado esperando ventajosos y pacíficos frutos de las gestiones diplomáticas. Muy al contrario, la organizacion de los ejércitos beligerantes, los choques habidos entre las vanguardias de los mismos y sus puestos avanzados, el entusiasmo que demuestran unos y otros, la actividad que despliegan los monarcas, hoy dia enemigos, todo, en fin, concurre para hacer tristes comentarios sobre el estado a que aquellos países pueden verse facilmente reducidos. Calculase en mas de cien millones los daños causados por los austriacos, pues no solamente han hecho enormes requisas, sino que han cortado los árboles, quemado ó hecho saltar los puentes, destruido los caminos de hierro, derribado las casas de campo y las granjas. Al fin la guerra siempre es guerra. Hasta el conde de Cavour ha sufrido graves perdidas en sus bienes.

Respecto del conde Buol, debemos noticiar a nuestros lectores la salida de este diplomático del gabinete de Viena, a pesar de que se suponía era casi el alma de los asuntos que han ocasionado el rompimiento con Francia. Ha sido reemplazado por Mr. Rechberg, presidente de la Dieta de Francfort, viendo muchos periódicos en este cambio un sistema desfavorable, aun a las medidas conciliadoras. Es lo cierto que con la retirada del conde Buol se hace una especie de concesion a la corte de Rusia, facilitandose acaso la armonia entre los gabinetes de Viena y de San Petersburgo. Otros quieren que entre el emperador Francisco José y el conde Buol haya habido

divergencia de opiniones acerca del estado de las negociaciones diplomáticas. De todos modos, Mr. de Rechberg es muy simpático para la Rusia, y esto hace presumir los deseos del Austria para trabar amistad con el coloso del Norte.

Entre tanto, según nos ha comunicado recientemente un despacho telegráfico, el manifiesto del emperador Napoleón III y sus proclamas al ejército, han hecho moderar el lenguaje a los periódicos ingleses que por suponerle ideas ambiciosas, le atacaban duramente. Algunas manifestaciones en favor de la Francia y de la conducta seguida por el emperador, ha indicado un cambio en el modo de considerar en Londres las cosas francesas; pero mucho dudamos llegue a realizarse. Otro despacho telegráfico quiere hacernos creer que la dimisión de Buol ha sido solo motivada por causa de salud, y las publicaciones oficiales declaran que el gobierno no variará por eso sus principios.

De Francia, dice un periódico, no cesan de salir refuerzos para el ejército de Italia, y anuncia que el ejército de Lyon marchará para la península muy en breve. La infantería va embarcada, y la caballería por los Alpes, dirección que se dice haber seguido el mismo general Regnaud de Saint-Jean d'Angeli, comandante general de la guardia imperial. Asegúrase, además, que al almirante Jurien se le reunirá pronto una escuadrilla de cañoneras, con las cuales, y la flota que tiene a sus órdenes, emprenderá las operaciones marítimas en el Adriático, en cuyo caso se harán patentes las dificultades que Inglaterra ha suscitado al emperador Napoleón, y si S. M. I. teme ó desprecia el enojo de la reina de los mares para la realización de sus ulteriores designios.

Entre los choques ocurridos últimamente, de que hablamos antes, uno de ellos merece sin reparo alguno el nombre de acción, y fué muy reñido. Unos 15,000 austriacos atacaron á Casteggio y Montebello, cerca de Voghera. La división Forey y la caballería sarda sostuvieron el ataque, quedando dueños de Montebello, sin embargo de que los aliados perdieron 600 hombres. Los austriacos fueron rechazados. Tal es la versión que de este hecho de armas nos han dado los despachos telegráficos.

El príncipe Eugenio de Saboya, lugarteniente del reino de Cerdeña, en vista de la ardiente y entusiasta actitud que había tomado la guardia nacional de Turin para defender la capital que se creía amenazada, dirigió á aquella la siguiente orden del día.

«Oficiales y soldados: En estos últimos días, en el momento en que el enemigo avanzaba, no solo sobre pueblos sin defensa, sino también sobre la capital, el gobierno resuelto á fuertes pruebas, se dirigió con confianza á la guardia nacional de Turin, en la esperanza de que numerosos voluntarios acudirían á reforzar la parte del ejército que se preparaba á la defensa.

«La guardia nacional se presentó entera y dispuesta á sostener el choque. Como lugar-teniente del reino, me felicito grandemente, y como comandante general de los guardias nacionales, experimento una especial satisfacción. Me es sumamente grato daros de ello un testimonio á la faz del país.

«Si la obediencia á la voluntad del rey y los cuidados del Estado me privan de compartir las fatigas y peligros cotidianos de nuestro valiente ejército, me consuelo con el pensamiento de que para la libertad, la independencia y el honor de la patria, todos somos soldados.—Eugenio de Saboya.»

De Rusia escriben anunciando un movimiento extraordinario de tropas. Al mismo tiempo el gobierno turco toma no pocas precauciones y demuestra deseos de intervenir en las provincias danubianas; pero el hospodar Alejandro Couza, por otro lado, persiste en la formación de un campo de 50,000 hombres en Ploeschte, y piensa contratar un empréstito de ocho millones por suscripción. Las sugestiones de Austria cerca del gobierno de la Puerta, se han estrellado en los consejos del embajador inglés, y en las simpatías del Sultan por la Francia y por el emperador Napo-

leon. Esto no impide que existan temores fundados de que se generalice la insurrección en Bosnia y Herzegovina, á causa de la continua llegada de montenegrinos para agregarse á las partidas que recorren el territorio.

Las obras del canal de Suez continúan sin dificultades. Así lo anuncia, al menos, uno de los mas recientes despachos telegráficos. El cónsul de Inglaterra ha declarado no tener instrucciones hostiles hacia la empresa, y Said-Baja no ha hecho caso de las observaciones del cónsul de Austria.

El rey de Nápoles ha fallecido al fin, después de atroces sufrimientos. Había nacido el 12 de enero de 1810, subiendo al trono el 8 de noviembre de 1830. Ha reinado 29 años.

En Roma corren rumores acerca de un cambio de gabinete, designándose en reemplazo del cardenal Antonelli, á los cardenales Pietro, Andrea y Viale-Prela.

«Este último, dice un periódico, es el que negoció el Concordato con Austria, que tanto ha dado que decir á los liberales de toda Europa. No sabemos qué fundamento tengan; pero si advertiremos que al cardenal Antonelli se le considera blanco de muchas intrigas interiores, que, unidas á las dificultades de la política exterior, acabarán por derribarlo, lo cual no sería extraño que sucediera.»

El periódico de Londres el *Sund* publica la lista de los navios de línea de hélice en construcción en los arsenales de Inglaterra. Hé aquí los principales: *Príncipe de Gales*, de 131 cañones, fuerza de ochocientos caballos, en construcción en Portsmouth, pronto á ser botado al agua; *Victoria*, de 121 cañones, fuerza de mil caballos, en Portsmouth, pronto á ser botado; *Real Federico*, de 116 cañones, en Portsmouth; *Howe*, de 121 cañones, fuerza de mil caballos, en Pembroke; *Duncan*, de 100 cañones, en Portsmouth, estará listo en junio; *Gibraltar*, de 101 cañones, de ochocientos caballos, en Devonport; *Anson*, de 96 cañones, en Woolwich; *Atlas*, de 91 cañones, fuerza de ochocientos caballos, en Chatham, y otros varios, cuya fuerza es diversa, y su construcción está mas ó menos adelantada.

Según el *Bombay Times*, ha sido ajusticiado Tania Topee. Esta noticia necesita verse confirmada. Los periódicos ingleses han añadido también que Yech había muerto en Calcuta.

Las últimas noticias de Cochinchina han sido publicadas por *La Patrie*, y solo alcanzan, sin embargo, hasta fines de marzo último. El almirante Rigault de Genouilly continuaba esperando refuerzos. Apenas lleguen piensa emprender su marcha sobre Hué, capital del imperio annamita. Otros periódicos aseguran que el gobierno francés ha dado orden para que la expedición contra Cochinchina se retire.

JANER.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

La *Gaceta* del día 13 de mayo publica, sancionada por S. M., la ley votada en Cortes relativa á la concesión de las dos secciones del ferro-carril de Estremadura, que comprenden desde Ciudad-Real á Badajoz.

—La *Gaceta* del mismo día publica un real decreto, aprobando la nueva organización de archivos y bibliotecas del reino.

—Se ha autorizado por real decreto, publicado en la *Gaceta* del día 17 del actual, á los señores D. José Pinilla y D. José Acebo, para construir un canal de riego derivado del río Henares, en las provincias de Guadalajara y de Madrid.

—Se ha autorizado de real orden á la empresa titulada Gil y compañía, para aprovechar las aguas del río Candín, con destino á la alimentación de tres máquinas de vapor.

—De real orden se ha dispuesto que las administraciones de Hacienda pública espidan las certificaciones de si son ó no contribuyentes en algun concepto los que pidan ser declarados como pobres en asuntos judiciales.

—De real orden se ha autorizado á D. Juan Iñoguín, para que aproveche las aguas del río Pas, como fuerza motriz de un molino harinero que intenta construir en el término de Vargas, provincia de Santander.

—La *Gaceta* del día 16 de mayo publica el real decreto relativo á la clasificación de jubilados y cesantes de Ultramar.

—De real orden se ha dispuesto que todas las bajas que ocurran en las milicias provinciales, ya por fallecimiento, ya por inutilidad, ya por deserción, se cubran inmediata é individualmente con el número primero del sorteo mas próximo.

—De real orden se ha autorizado á D. Manuel Sendin, para que pueda construir un molino harinero en el sitio llamado Puente del Canto, término de Buendía, provincia de Cuenca, aprovechando las aguas del río Mayor, como fuerza motriz.

—Se ha autorizado á D. José Arnau y Navarro, para que verifique en el término de cuatro meses los estudios de un canal de río, derivado del Guadalquivir, que fertilice la vega de Andujar, en la provincia de Jaen.

—En la sesión del Senado del día 14 se aprobó el proyecto de ley relativo al ferro-carril de Albacete y Cartagena.

—En la sesión del Congreso del mismo día se aprobó el proyecto de ley del ferro-carril de Galicia.

—En casi todas las provincias de España se ha experimentado, durante el mes de mayo, el mismo temporal que reina en Madrid, siendo también en todas ellas por esta causa sumamente lisonjero el estado de los campos; solo la influencia que ejercen en los mercados las noticias de guerra, ha podido sostener el precio de los cereales, que de otro modo hubieran sufrido ya una baja de mucha consideración.

—De un estado que publica *La España médica*, resulta que en el mes de abril último asistió el benemérito cuerpo de hospitalidad domiciliaria, 2,564 enfermos, de los cuales 1,375 lo fueron en domicilio, y 1,022 en la casa de socorro.

—En pocos días han entrado en el puerto de Santander siete buques con cargamento de rails y otros efectos para el ferro-carril del Norte, y anteriormente habían llegado ya otros varios con la misma carga.

—El gobierno acaba de comprar en Londres dos vapores de la compañía de Cunad, el *Alpes* y el *Andes*, de fuerza de 300 caballos cada uno, y de 1,374 toneladas.

—Los buques destinados al transporte y á correos trasatlánticos, podrán conducir 600 hombres y 1,200 toneladas de carga.

—El día 15 hizo 272 años que el ayuntamiento de Madrid celebró solemnemente (año 1620) la beatificación de su patron san Isidro, á la cual asistieron los reyes, príncipes é infantes. Por primera vez se usaron en dicha suntuosa procesion las hachas verdes para alumbrar la magnífica urna que guarda los restos del santo, cerrada con diferentes llaves, conservadas una en la mayordomía mayor de palacio, otra en poder del conde de Paredes, otra en el ayuntamiento, otra por el presidente de la real iglesia de san Isidro, y la llave maestra en la secretaria de Cámara, llamada de la Estampilla.

—En Granada se ha hecho un auto de fé de sombreros de copa alta, en el sitio donde la eslinguida inquisicion verificaba estas solemnidades.

JUAN DEL COREO.

REVISTA DE TEATROS.

Después del beneficio del Sr. Arjona, del que ya hablamos en nuestro número anterior, hanse puesto en escena, en el coliseo del Circo, dos piezas nuevas, á beneficio de la simpática Pepita Hijoza, titulada la primera *Camino del matrimonio*,

original del Sr. Gonzalez Tejada, y la otra nombrada *La Doctora en travesuras*, y escrita por el señor Garcia Santisteban. Respecto á la primera de estas piezas, lo único que dirémos es que, á pesar de su esmeradísima ejecución, por parte de la beneficiada, apenas logró interesar, y que su éxito no pasó de mediano. No así *La Doctora en travesuras*, que fué aplaudida estrepitosamente, gracias al sin número de chistes de que está salpicado el diálogo, y á su fácil y espontánea versificación; no siendo tampoco el menor mérito la perfección con que están sostenidos los caracteres. — A la conclusión de esta linda pieza, que tiene todo el corte bretoniano, el autor fué llamado con insistencia al proscenio, y tuvo la delicada modestia de no pre entarse. Lección harto dura para los que son llamados *de oficio* y que no esperan más que una señal para presentarse *coram populo*. En el desempeño de esta pieza se esmeraron la Pépita Hijosa, que hizo su papel con mucha gracia y donosura; la Amalia Gutierrez, que también estuvo muy feliz, y los Sres. Morales y Fernandez. En la misma noche tuvimos el gusto de ver puesta en escena la aplaudida comedia en un acto del Sr. Rubi, titulada *De Potencia á potencia*, la cual fué interpretada admirablemente por los Sres. Arjona y Romea.

En el teatro del Principe se ha estrenado también una pieza en un acto con el título de *Presente, mi general*, y la cual es una imitación, si bien con distinto objeto, de la conocida con el nombre de *No mas muchachos*. En su ejecución se distinguió únicamente el Sr. Ossorio, que caracterizó perfectamente el papel de general.

También tuvimos el gusto de presenciar algunos juegos de prestidigitación, hechos con suma precisión y limpieza por el Sr. Manceri Bonnano, el cual supo cautivar en alto grado la atención de la escogida concurrencia, sin apelar á esa manoseada charlatanería ni al aparato imponente de que suelen echar mano la mayor parte de los prestidigitadores. — El público no cesó de aplaudir, llamándole despues á la escena.

Para el beneficio de la Sra. Palma se ha estrenado últimamente en este coliseo la comedia en cuatro actos y en verso, original del Sr. D. Pedro Ramos, titulada *El Bello ideal*. Su éxito ha sido lisonjero para el autor, que fué llamado al palco escénico, á la conclusión de la obra. En su ejecución se distinguieron la Sra. Palma, y los señores Ossorio y Mário. También la Sra. Tutor estuvo mas feliz que de costumbre. En el sainete titulado *El Amigo de todos*, el Sr. Ossorio estuvo inimitable, secundándole dignamente el señor Mario, que cada día adelanta mas.

En el teatro de Jovellanos se ha vuelto á poner en escena última ante la conocida zarzuela titulada *Moreto*, en la que el Sr. Oudrid, autor de la música, ha conseguido un nuevo triunfo. El señor Obregon desempeñó el papel de protagonista con sumo acierto. También fueron muy aplaudidas la Sra. Santa Maria en el papel de doña Inés, y los Sres. Olivers, Calvet y Caltañazor.

Por último, el teatro de la calle de la Magdalena se ha despedido definitivamente del público madrileño, dejando recuerdos en extremo gratos á la aristocrática sociedad que diariamente lo favorecía.

NUMA

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

La Hija del mar. — *Azucena*. Cuentos por D. Eleuterio LLOFRIU y SAGRERA. Dos cuadernos en 8.º Alicante, 1838.

Hemos leído con sumo interés estas dos-amenisimas producciones, llenas de virginal atractivo, y adornadas con lenguaje tan puro, natural y brillante, como conciso sin languidez, docto sin pretensiones y florido sin afectación.

Si el cuento supiera morar en el terreno que le señala el Sr. Llofriú, no ya nosotros, si que el público ilustrado, concedería un puesto de aprecio á este feliz y gracioso bosquejo de la novela, y se trasluciría mas fácilmente un alto fin moral

en la creación y aprovechamiento de semejantes trabajos, siendo mas de todos conocidos. Pero dejémos por hoy el hablar de la incuria de los escritores.

Tan bien manejadas narraciones como las de *La Hija del mar* y *Azucena*, ligeras y castizas en la forma, patéticas y morales en el fondo, constituyen una utilísima lectura para las tiernas inteligencias, que se forman á las primeras impresiones de la vida, y aunque nos hallemos distantes ya de aquella edad feliz, confesamos habernos conmovido muchas veces con la lectura de sus tiernos episodios y descripciones, llenos de sentimientos elevados y profundos á fuer de sencillos y bien presentados. Un nuevo mérito, que hallamos en esta obra, ó mejor dicho, dos obritas del autor, es el que, á la par de acomodarse á las exigencias de la juventud, sabe despertar los recuerdos de la edad madura y hablar el lenguaje de la experiencia y el religioso sin superstición. Y cierto que en todas las épocas de la vida halla utilidad el hombre en las lecturas, ya amenas, ya instructivas; pues si en un primer periodo de la existencia se aprende y se suscitan las ideas morales, en los mas avanzados pueden corregirse y renovarse.

Esperamos que el Sr. Llofriú prosiga dedicándose á un género, que con tanto acierto cultiva, y en que por hoy solo nos merece la inculpación de haber sido acaso demasiado modesto.

FRANCISCO DE BORJA GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

L'Illustre docteur Matthéus, par ERCKMANN-CHATRIAN. Un vol. in-18º; Librairie Nouvelle.

El doctor Matthéus viene á ser un D. Quijote de las orillas del Rhin, y su Dulcinea es la metafísica. Las excursiones y aventuras de un caballero andante de nuevo cuño, que va á predicar su sistema por los pueblecillos de la Alsacia, constituyen el asunto de este libro, que lleva impresos los defectos y dotes de la juventud. Un exámen demasiado detenido del *humour*, descuello en la con posición con particular naturalidad y verdad pintoresca, en las partes consagradas á la descripción de las costumbres y paisaje de la Alsacia. Bajo este concepto, el de las representaciones locales, parecen llamados, en primer lugar, á distinguirse los Sres. Erckmann-Chatrian.

Emeraude, par Mr. Alexandre WEILL. Un vol. in-12º; Poulet-Malassis et de Broise.

El autor de esta novela ha publicado ya diversas historias de pueblo, en que, á pesar de algunas imperfecciones en la forma, han podido notarse siempre innegables prendas de naturalidad y lozanía. *Esmeralda* es también una historia patética, que solo suscita los sentimientos accesibles á todos los corazones. Es un análisis bastante ingenioso ante seguido de una pasión tan dulce, como vehementemente. El autor ha hallado ya en este género cierta aceptación, resultado que solo le promete una suficiente garantía de permanencia, á condición de efectuar un estudio mas meditado de la forma y profesar un respeto mas decidido á la lengua francesa.

Les Ennemis de Racine au XVII siecle, par Mr. DELTOAR. Un vol. in-8º; Didier.

Al escoger este asunto por tema para el doctorado en letras, halló ocasion Mr. Deltour para hablar no solo de pormenores poco conocidos en la vida de Racine, si que también para describir, con tono prinzante y estilo original, las grandezas y miserias de la vida literaria en el siglo xvii. Los incidentes personales, que se refieren á la composición y representación de las principales tragedias de Racine, la genialidad y alcance de las críticas de su época, las impresiones de

la corte y de la población, todos estos particulares, diseminados en las correspondencias particulares y en las memorias de su tiempo, han sido cuidadosamente recogidas por Mr. Deltour é ilustran con mayor lucidez las apreciaciones de la crítica moderna. Este tema literario é histórico á la par, y literario sobre todo por su sentimiento, gusto y estilo, ha sido muy bien acogido por la Sorbona.

Œuvres inédites de Piron, publiées par Mr. Honoré BONHOMME. Un vol. in-12º; Poulet-Malassis et de Broise.

Hé aquí un curioso volúmen, que ofrece, con introducción y notas, obras inéditas de Piron en prosa y verso; pero el principal aliciente del libro estriba en una correspondencia entablada entre el poeta y las Srtas. Quinault y de Bar. No solo encierra interesantes pormenores acerca de la historia literaria y costumbres de algunos célebres escritores del siglo xviii; ofrece también una personalidad llena de encanto, que se destaca de sus cartas, escritas evidentemente con la ausencia de toda preocupacion como autor. Siguen á esta correspondencia poesías trasladadas de los manuscritos originales; pero cuyo valor principal consiste en las notas y aclaraciones, que ha sabido agregarles el editor.

Chrétien et turcs, par Mr. Eugene POUJADE. Un vol. in-18º; Paris, Didier.

En medio de las numerosas publicaciones, que salen á luz cada día con referencia al Oriente, merece esta una atención especial. Contiene escenas y reminiscencias de la vida política, militar y religiosa en Oriente, referidos con numerosos pormenores y de una manera muy animada. La política se hermana con la narración del viaje los antiguos recuerdos con las preocupaciones modernas, hasta el punto de formar un conjunto variado y pintoresco.

Histoire de la littérature indienne, par Albert WEBER, traduction de Mr. Alfred Sadous. Un vol. in-8º; Durand.

Este libro es traducción de un curso, seguido en la universidad de Berlin por Mr. Alfredo Weber. No necesitamos encarecer el interés general que hoy acompaña á esta clase de estudios. El conocimiento de la lengua sanscrita no cuenta en Europa mas de medio siglo, y los resultados obtenidos han ido mas lejos que las esperanzas. La obra de Mr. Weber contribuirá poderosamente á esclarecer los interesantes problemas que abrazan las leyes, religiones, costumbres y literatura de la India, objetos que tan de cerca nos tocan. La traducción de Mr. Sadous, fácil y elegante, debe comunicar á esta obra el atractivo de la forma, que con frecuencia anhelan los estudiosos de otros países en presencia de la erudición alemana.

La Question ionienne devant l'Europe, par Mr. François LENORMANT. Un vol. in-8º; Dantu.

El interés público se ha suscitado con vehemencia en las recientes circunstancias, por la situación de las islas Jónicas. El movimiento de las nacionalidades orientales hacia una próxima resurrección, adquiere cada día una importancia que no solo dimana de los acontecimientos, sino que los ordena y dirige. Mr. Lenormant ha examinado cuidadosamente los diversos aspectos de una cuestión, que se ha hecho europea á justo título; ha estudiado el carácter de gravedad, totalmente nuevo, que acaba de recibir la agitación peninsular, y ha expuesto de una manera interesante y completa sus vicisitudes, recursos y probabilidades de éxito en lo futuro.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Baillier,
— editor responsable y propietario. —

